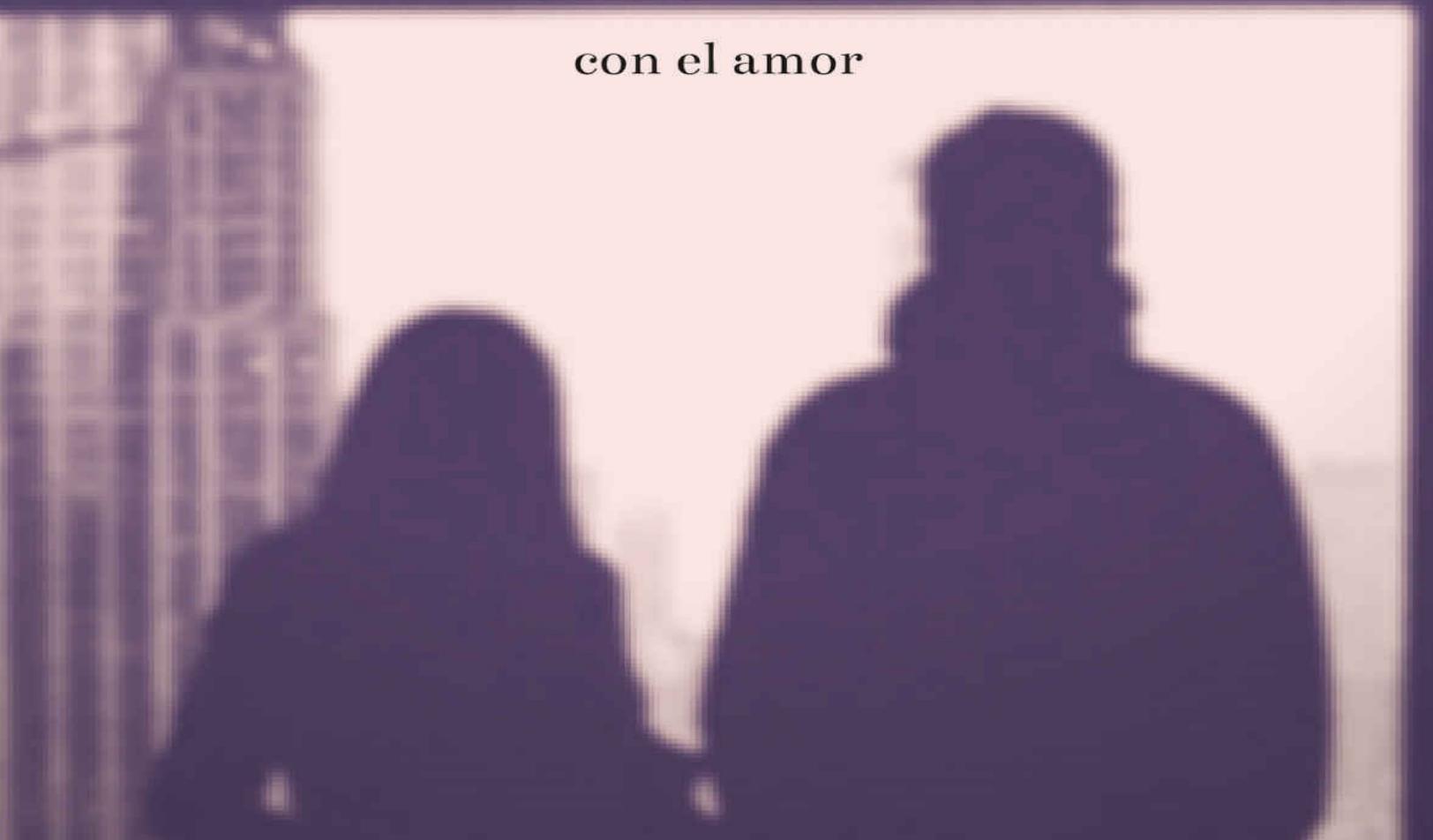


DAVID ROCA

Contigo siempre

A veces, el tiempo
mezcla la amistad
con el amor



David Roca

**CONTIGO
SIEMPRE**

Copyright © 2019 David Roca

Todos los derechos reservados

ISBN: 9781795129565

1

—¡No tires de las trenzas a la niña!

—¡Pero si ella me pega!

Los padres de Queta son los nuevos vecinos de los de Enrique. Han venido a presentarse formalmente mientras los niños juegan. La madre del niño le debe llamar la atención porque hace llorar la nueva vecinita y eso no puede ser.

—No sufras, que la niña es todo terreno. ¡Y tú no pegues a Quique!

—¡Sólo tienen diez años! Ya sufro para cuando sean adolescentes.

—Ya habrá tiempo para sufrir. Debemos tenerlos ocupados. La mía hace baile.

—Pues Quique estudia violín. Espero que no te moleste mucho con sus chirridos.

—Queda lejos. Es lo bueno que tienen las casas adosadas, los vecinos no nos podemos molestar mucho. ¿Lo podremos escuchar algún día?

—Claro. Quizás tu hija bailará con su música. Quién sabe. ¿A qué escuela la llevaréis?

—Ya la tenemos matriculada al Príncipe de Bonaire. ¿A cuál va el tuyo?

—De pequeño que siempre ha ido a la escuela la Cumbre Blanca.

Casi ha pasado un año. Enrique ya tiene los once y llama a la puerta de los vecinos con una tarjeta en la mano. Después de un rato, ya dudaba si volver a llamar, abre la madre de Queta.

—Vas muy elegante, jovencito! ¿Qué nos traes?

—Una invitación para Queta, por si quiere venir a celebrar mi santo la próxima semana, el día trece de julio.

—Se la puedes dar tú mismo. Está arriba, en su habitación, ensayando.

Enrique sube los peldaños de uno en uno y llega a una puerta entornada. No sabe si entrar directamente o llamar primero. Opta por la segunda opción.

—Ahora no molestes, mamá.

—No ... no soy mamá, soy yo, Enrique —mete un poco la cabeza por la puerta y no puede evitar partirse de risa al ver a Queta con el traje de ballet rosa frente un espejo de cuerpo entero.

—¿A ti que te pasa? ¿Estás tonto? Si has venido a reírte ya te puedes ir enseguida.

—He venido a invitarte a mi fiesta.

—¿Te tendré que hacer un regalo? ¿Fiesta de qué?

—Será mi santo la próxima semana. ¿Tú no celebras nada?

—Yo, mi cumpleaños. En mi casa no celebramos santos sino sería el mismo día que lo haces tú.

—Tú no te llamas Enrique, pareces tonta.

—Tu, pareces tonto. Me llamo Queta que...

—Y ¿Qué? ¡No eres un chico y no puedes llamarte Enrique!

—Enriqueta, Queta. ¿Lo entiendes o te lo dibujo?

—¿Nos llamamos igual? Conozco Enriques, pero no Enricas.

—Enriquetas, no hay Enricas. Explicar siempre lo mismo agota.

—No te enfades, siempre refunfuñas. Si quieres lo celebramos juntos y así

no me tienes que regalar nada y yo tampoco a ti.

Ella se queda pensativa y finalmente acepta:

—Pero con una condición: que toques algo con el violín.

—Solo si tu bailas algo, no tiene porqué ser lo mismo que yo toque.

—Me da corte, no bailo bien.

—Yo igual, no toco bien.

—Podríamos ensayar una pieza. Tu tocas y yo bailo, así haríamos el ridículo los dos a la vez y no pasaríamos tanta vergüenza.

Enrique imaginó el panorama y los distintos escenarios. Lo mejor es compartir el ridículo.

—De acuerdo. Pero una cosa corta y rápida. ¿Vengo yo aquí a tocar o te vienes tu a mi casa a bailar?

—Un día en cada casa.

—Somos vecinos, uno al lado del otro.

—Yo siempre estaré a tu lado, y tú también al mío, ¿verdad?

El día que estrenan instituto de bachillerato, Queta y Enrique van juntos. Es nuevo para ambos. Mejor pasar el mal trago juntos que por separado. No conocen a nadie. Los respectivos padres se han puesto de acuerdo, es el lugar donde preparan mejor para la selectividad. Tienen que desplazarse en autobús. Se sientan uno lado del otro, en silencio. Ambos se han estirado bastante, son altos y tienen la cara rojiza, con pequeños granitos. También los dos cierran los labios, no quieren que se note que llevan brackets, incluso cuando ríen se ponen la mano delante de la boca, sobre todo ella. Enrique tiene una sombra gris de terciopelo encima del labio superior y cuatro pelos en la barbilla que se resiste a afeitarse, como si ignorándolos fuera como si no estuvieran.

En el instituto miran los carteles para saber el aula que les toca. Pasan por

entre corrillos que ríen y los miran con curiosidad. Son los nuevos y se sienten observados. Cuando llegan al aula buscan un lugar discreto, ni muy arrinconado ni muy adelante. Se sientan juntos, en silencio y con la mirada un poco temerosa de estar en un lugar nuevo y desconocido.

—No conozco a nadie. ¿Y tú?

—Yo tampoco, pero no sufras, Enrique, que ya haremos amigos. Ya te dije que estaría a tu lado.

—Y yo al tuyo. De momento no te muevas que me da corte no saber de qué hablar.

Para el festival de Navidad del instituto ambos ya saben perfectamente de qué hablar. Enrique toca el violín con un grupo de compañeros de primero y segundo de bachillerato que forman una banda de música country, con guitarras, teclado, una batería y dos cantantes, un chico y una chica que se alternan en las estrofas. Enriqueta dirige los bailes, como no puede ser de otra manera. El ballet le ha aportado ritmo, agilidad y destreza.

Ya han llegado las vacaciones de Navidad y Enrique llama a la puerta de la casa de al lado. Como siempre, abre la madre de Queta.

—Está en su habitación.

—¿Ensayando?

—No lo sé. ¿Quieres hablar con ella? Sube.

Sí, sube las escaleras de dos en dos y llama a la puerta. No hay respuesta. No se atreve a abrir. Llama más fuerte. Silencio. Decide abrir un poco y meter la cabeza. Lo que ve lo parte de risa: La Queta, con camisa de dormir y unas

medias de colores llamativos, bailando sobre la estera, frente al espejo de cuerpo entero, al son de la música de sus auriculares. Ella ve Enrique por el reflejo como se parte de risa. Con la agilidad de una gata salvaje le salta encima sin que él tenga tiempo de reaccionar. Caen al suelo, ella lo inmoviliza poniéndolo boca abajo y, sentándose en su espalda, le tira de las orejas hasta que se ponen coloradas. Con un movimiento repentino de culo la lanza al suelo y ahora él la inmoviliza cogiéndola por el pelo. Ella le tira de la nariz hasta que la suelta. Se quedan los dos tumbados de lado sobre la alfombra riendo y resoplando.

—¡Me has hecho daño, bruja!

—¡Porque te ríes de mí, idiota!

—¿Qué pasa? ¿Qué es este escándalo? ¿Qué hacéis por el suelo? — La madre ha subido alertada por los ruidos y los golpes. Pero se tranquiliza al ver los dos riendo. Creyó que se peleaban.

—No pasa nada, mamá. Tenemos que hacer un trabajo del insti.

La madre no acaba de entender que un trabajo de clase se haga tirado por los suelos. No insiste más y se va dejando la puerta entreabierta. Queta se pone en pie de un salto y la cierra.

—¿Has venido para aprender a bailar o para qué?

—A los del grupo de música nos han ofrecido tocar en algunos bares y salas de fiesta, así haremos algún dinerillo. ¿Qué te parece, te apuntas?

—Yo no toco ningún instrumento ni se cantar.

—Pero te mueves como nadie y animarías a la gente.

—Que te crees, ¿que soy una gogó? Lo que hago es más serio.

—Si, ya me ha dado cuenta, el espejo se partía al verte bailar y yo también.

—Eres muy tonto. Tú también deberías tomar más en serio el violín y no tocar en tabernas de borrachos.

—Lo dices porqué te da corte bailar en público y tienes miedo de que te vean las bragas sucias.

Enrique, riendo, no ve venir la colleja que le hace perder el mundo de vista por un segundo. Pero reacciona a tiempo, en el momento que Queta se levanta le coge un pie, pierde el equilibrio y le cae encima, él le pellizca el culo y ella le da un golpe reflejo en la entrepierna que deja a Enrique retorciéndose en el suelo de dolor.

—Perdona, Enrique. No te quería hacer daño. Ven, siéntate.

Lo coge por los brazos y lo ayuda a sentarse a su lado, en la cama. Le pasa un brazo por el hombro y con la otra mano le pone la cabeza en el suyo, él esconde la cara, no quiere que se le vean las lágrimas que se le escapan de dolor. Demasiado tarde. La madre ya ha abierto la puerta.

—¡Que jaleo hacéis! ¡Oh! ¿Qué te pasa, Enrique?

—Le ha venido mucho dolor de barriga. Pero ya se le está pasando ¿verdad, Enrique?

Él asiente con la cabeza forzando una sonrisa.

—Te prepararé unas hierbas a ver si mejoras. ¿Quieres que diga algo a tus padres?

—¡Noo! —gritan los dos a la vez.

2

El segundo de bachillerato se presenta difícil, con el reto de la selectividad al final. Los dos vecinos llegan juntos el primer día i se reencuentran con los amigos, cada uno con los suyos. Pero al entrar en clase se guardan los asientos uno al otro, quieren seguir como el año pasado: uno al lado del otro como los buenos vecinos que son.

—Habéis tenido mucho éxito con los bolos del verano, mira.

Queta le muestra la pantalla del móvil en la que se ve hablando una chica, más o menos de su edad, muy sofisticada. Bajo la imagen hay un texto que le cuesta leer.

—No sé quién es esa tía.

—No puede ser que no conozcas a Verónica Pepper, serás ignorante. ¡Qué falta de incultura!

—Querrás decir...

Silencio. Entra la profesora. Queta apaga el móvil y lo guarda en el bolso con un movimiento ágil al que Enrique ya está acostumbrado. La clase se hace larga y la curiosidad de Enrique va en aumento. Por fin se acaba. No tiene ni idea de lo que ha dicho la profesora. Nada más irse ésta, Enrique pasa el brazo por encima de Queta para meter la mano en su bolso y cogerle el móvil.

—Estate quieto, pesado. ¡Trae! Ahora lo verás.

Queta teclea el teléfono hasta que vuelve a aparecer Verónica Pepper. Enrique se fija en que sus seguidores se cuentan por millones. También ve una cosa que antes no había visto: en la imagen, por detrás de su cabeza, se adivina una banda tocando: ¡son ellos!

—¿Lo ves? ¡Estuvo en uno de vuestros conciertos!

—De los nuestros, podrías haber dicho, si no lo hubieras dejado el año pasado.

—Para mí es lo mismo. Como si estuviera. Siempre a tu lado. ¿Te acuerdas?

—Si, guapita. Pero ¿qué está diciendo esa?

—Léelo. Le gusta como sonáis, pero dice que tendríais que ampliar el repertorio.

—Este año queríamos introducir música celta. Con violín suena mejor.

El temido día de la selectividad ya ha llegado. Enrique y Queta se cogen por los hombros, temblando. Ella no puede más y llora. Enrique la abraza fuerte, dándole golpecitos en la espalda. Llaman para entrar. Enrique le da la mano y la besa en la mejilla. En la gran aula de la universidad se sientan.

—¿Lo ves? Siempre a tu lado. No llores y concéntrate. Todo irá bien.

El segundo día es más tranquilo. El primero fue mejor de lo que esperaban. Los padres tenían razón: en el instituto preparaban muy bien para la selectividad. O quizás son ellos los que se han preparado bien, al fin y al cabo, son ellos los que se examinan.

Selectividad aprobada y los dos con nota. Ahora podrán pasar el verano

libres. Los padres de los dos deciden celebrarlo con una cena en un restaurante con sus hijos. Al acabar, todavía es temprano, los padres se van a casa.

—Nosotros queremos ir a tomar algo para celebrar las notas.

—Vale, pero no volváis tarde —y mil advertencias más en una competición entre padres, a ver quién es más responsable.

Entran en un irish pub en el que ya habían tocado alguna vez. Saludan a los propietarios y se sientan en un asiento con forma de banco, de lado, con una Guinness espumosa cada uno. Levantan las pintas y brindan chocando los culos de los vasos ruidosamente.

—¡Por la selectividad!

—¡Por el futuro!

Dan un buen trago dejando un bigote de espuma oscura que retiran mutuamente con el dedo, chupándolo, no se puede perder ni una gota.

—Hablando de futuro ¿ahora qué piensas hacer? ¿continuarás en el conservatorio?

—Y tu ¿vas a seguir con el valet?

—Yo he preguntado primero.

—Si me admiten, y seguramente sí, iré a Nueva York a terminar la carrera. Ahora tú.

—Y estoy preinscrita en enfermería.

—¿No querías ser bailarina? Que decepción, yo que te quería ver las bragas sucias.

—¿No puedes evitar decir tonterías?

—¡Gerry! ¡Dos pintas más! ¿ves? Eso no es ninguna tontería.

—Me da mucha pena que te vayas. ¿Ahora con quién me voy a pelear?

—Ven conmigo y alquilas el apartamento de al lado. Así continuaríamos siendo vecinos. Podrías estudiar enfermería allí.

—Ya me gustaría, pero será que no.

Traen dos pintas negras, frías y espumosas. Repiten el brindis con más risas de lo normal, ya han bebido durante la cena y ahora tienen ya una pinta tomada. Dan un buen trago y se miran.

—No te vayas Enrique, sin ti me encontraré muy sola —dice mientras lo abraza.

Él la separa suavemente.

—¿Tu no tenías un novio? ¿cómo se llamaba?

—¿Te refieres a Kani? Sólo quería meter mano, pero las bailarinas tenemos poca carne.

—Pero eres muy guapa. Encontrarás a alguien que te merezca, ya lo verás.

Callan unos instantes mientras beben un buen trago de cerveza. Se miran los bigotes. Queta acerca la boca a la de Enrique y, con la lengua, le limpia la espuma con suavidad, dejando ahí la boca para que Enrique reaccione y haga lo mismo. Él también le limpia el bigote con la lengua, lenta y suavemente. Se miran a los ojos unos segundos hasta que se funden en un largo beso. Después se separan, pero se quedan abrazados.

—Nos estamos lastimando, Queta. Yo me iré lejos, tú te quedarás y conocerás gente nueva. Seguramente yo también. Pero pase lo que pase siempre nos tendremos uno al lado del otro ¿verdad?

—Nunca olvidaré nuestras peleas, con las que más me he divertido.

—No nos hemos dado cuenta de lo importantes que hemos sido uno para el otro hasta ahora, que nos separamos. Dimos por hecha nuestra amistad y no le hemos dado la importancia que se merecía, dimos nuestro querer por hecho.

—Exacto: nuestro querer, más que una amistad, nos hemos querido sin saberlo. Ahora lo sabemos y nos duele.

—No nos hiramos más. Continuaremos siendo amigos. Siempre a tu lado.

—Siempre.

3

Peter Bread es el primer amigo que hizo en NY. Ahora ya lleva unos meses y ha asumido la rutina de viajar en metro más de una hora hasta el New York Conservatory of Music (NYCM). Peter vive en Manhattan y puede ir a pie. Enrique vive en Brooklyn, pues la beca no da para más y los padres tampoco. Para sacarse algún dinerillo extra ha entrado a tocar con una banda del conservatorio, introducido por Peter, que toca música celta y un violín más hace que suene mejor. Estamos a finales de enero y hace un frío intenso. Hay restos de la nevada del fin de semana que no se van. Peter lo ha citado en un bar pizzería, Sbarro's, cerca de Times Square.

—Mira, Henry —aquí lo llaman así y no lo quiere discutir —, mira donde nos han propuesto tocar: en el NY Fashion's Club Night. En una de sus pistas. Nos van a pagar una pasta y nos harán famosos. No dirás que no tengo buenos contactos ¿no? Solo en una hora ganaremos más que en tres meses tocando en pubs de mala muerte.

Enrique no puede dar crédito de donde está. El escenario es enorme, pero aún lo es más la pista que hay debajo. Con su banda van montando los

instrumentos mientras suena música estridente que hace bailar a una multitud, vestida con poca ropa, pero carísima, bajo un estallido de láser de colores y luz estroboscópica. Y eso que es una de las cinco pistas que hay en el NYFCN.

De pronto, silencio. Aparece una presentadora con un vestido mínimo, media cabeza rapada y media melena en la otra mitad, sobre unos tacones de vértigo. Habla por un micrófono inalámbrico y su voz resuena con fuerza por toda la sala. Los está presentando. En un segundo, desaparece por la otra punta del escenario.

El batería arranca con potencia, al instante se incorporan la guitarra eléctrica y el bajo. Enrique está en las nubes y toda la banda lo mira, ha sido un segundo, pero se ha hecho eterno. Su violín empieza a sonar con fuerza, la gente estalla en gritos y aplausos, la vocalista canta a pleno pulmón y el público baila brazos arriba saltando al ritmo de la música celta. Enrique mira de reojo hacia el público y sigue sin poder creer que está realmente allí.

Ha pasado más de una hora y unos cuantos bises. En el vestuario los músicos están cansados, sudorosos, pero eufóricos. Peter, que tiene contactos, les advierte que fuera hay periodistas. Tendrán que conceder entrevistas.

Efectivamente, han llegado a una especie de sala de prensa, hay reporteros con micrófonos y móviles. Peter responde por todos. Los demás están sonrientes, pero con caras de circunstancias. Cuando los móviles ya lo han grabado todo, los periodistas se van yendo y Peter indica a sus compañeros que también pueden salir. Pero una de las periodistas llama la atención de Enrique.

—¡Eh! ¡Yo a ti te conozco!

Peter empuja a su amigo por la espalda para que vaya saliendo, pero él se escapa de sus manos. La cara de la chica le es familiar pero no sabe de qué. Va hacia ella, pero antes de que pueda abrir la boca ella se avanza.

—Tu tocabas en Barcelona en una banda de música country ¿verdad que sí?

—Ya has grabado lo que querías, ahora ya puedes irte —. Interviene Peter de malas maneras y apartando a Enrique agarrándolo por el brazo.

—¡Llámame! —la chica le da una tarjeta a Enrique.

Cuando ya se ha ido le pide explicaciones a Peter por su comportamiento.

—No nos podemos quedar a ligar con las periodistas. Después dirán que nos favorecen con las críticas y seríamos carne de cañón para la prensa rival.

Sus explicaciones no le has convencido mucho, pero si los cheques que Peter ha repartido y lo han ido a celebrar con unas copas.

Por la mañana no sirve para nada. Se ha levantado con jaqueca y se ha saltado las clases de música. Bebe agua y más agua. Va directo a la ducha. Sale como nuevo. Se viste y recoge la ropa sudada del día anterior. Antes de ponerla en la lavadora rebusca en los bolsillos, como lo hace su madre, para no lavar papeles ni bolígrafos. Encuentra la tarjeta de la chica de ayer, la mira con indiferencia, pero, de pronto, pone unos ojos como platos. La lee varias veces: ¡no puede ser! En la tarjeta hay simplemente un nombre y un teléfono, nada más, pero el nombre es Verónica Pepper. Ahora ya sabe de qué le sonaba su cara: la había visto en el móvil de Queta. No le da más vueltas y llama al número. Una voz le dice que no está disponible, que deje un mensaje, que llame más tarde o que no moleste más. Opta por la primera. deja un mensaje con la voz temblorosa y pastosa. Le dice que sí, que es él al que recuerda y que si se pueden ver.

Mientras hace un sencillo desayuno recibe la llamada de Peter. Hoy no lo ha visto por el conservatorio, que si estaba bien, que si se lo ha gastado todo en una noche.

—Muy bien gracias ¿Sabes quién era la tía de anoche?

—Claro que lo se: Verónica Pepper ¡lo sabe todo el mundo! Pero a ti no te

conviene, no la llames. Olvídate de ella.

—Pues ya la he llamado.

—Tú mismo. Pero yo ya te he advertido ¿qué te ha dicho?

—He dejado un mensaje en el buzón de voz.

—Aún estás a tiempo. Pasa de ella.

—Primero quiero conocerla en persona y después ya decidiré yo.

—Como quieras, ya eres mayorcito. Cuídate.

Enrique coge las partituras clásicas, las pone en un atril y empieza a ensayar fragmentos difíciles que se le resisten. No está en buena forma, le cuesta poner bien los dedos, los tiene entumecidos. Va a lavárselos con agua caliente, a veces le funciona. Mientras lo hace le suena el móvil en la mesa del comedor. Se seca rápido y corre para contestar, pero no llega a tiempo. La llamada perdida corresponde a Verónica y hay un mensaje: A las siete de la tarde en el Sofisticaffé de la quinta avenida. Con una consulta en Google lo localiza. Espera que los cafés los pague ella porque tiene una pinta de caro que no se aguanta.

Se ha puesto elegante y entra por la puerta. Lo recibe una recepcionista, que él pensó que era un maniquí, ha movido la boca para preguntar en que puede ayudarle.

—He quedado con una chica, se llama Verónica, Verónica Pepper.

—¡Aaah! ¡Verónica Pepper! Sígame por favor.

Lo sienta en una mesa reservada y le sirven una copa de champan. Está solo, ella aún no ha llegado, pero nota las miradas de la gente que lo escudriñan con curiosidad. De pronto, la gente de algunas mesas se levanta y saludan a la chica que acaba de entrar. A su paso la miran con fascinación. Ella camina con un paso elegante y seguro, poniendo un pie delante del otro

con unos altos tacones. De su brazo cuelga un elegante abrigo que se ha quitado al entrar. Lleva unas medias, de distinto color, con grandes agujeros por todas partes y una minifalda oscura y brillante rematada por un cinturón enorme. Una camiseta con un solo tirante, que deja al descubierto un hombro entero. Camiseta con muchas letras que no forman ninguna palabra. En la cabeza lleva un pequeño sombrero ladeado sobre un peinado muy raro, con mechas de distintos colores.

—V...Verónica?

—Claro. ¿quién va a ser, el Papa de Roma?

Él se ha puesto en pie y le ofrece la mano. Ella, ni caso, le da dos besos. Con este gesto, la mano le ha quedado sobre un pecho. La retira inmediatamente. Verónica lo sienta poniéndole una mano en el hombro.

—Así, pues, tu eres el músico de Barcelona. Lo hacíais muy bien. ¿qué estás haciendo aquí? Pero, antes que nada ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Enrique, pero aquí todo el mundo me llama Henry.

—¿Quieres cenar, Henry?

—Yoo... Es que no tengo mucho apetito y he visto los precios y...

Verónica se ríe escandalosamente. Los de las mesas contiguas los miran y Enrique se sonroja. Ella también lo mira y le pellizca la mejilla afectuosamente.

—Amigo, tú no te preocupes. Pide lo que quieras y disfruta.

—Pero, aún que lo pagemos a medias será muy caro.

Ella se vuelve a reírse hasta llorar. Lo besa en la mejilla, dejándole marcado el pintalabios.

—No esperaba que me lo pasaría tan bien contigo. Te diré un secreto, pero no se lo digas a nadie.

Se la acerca y le habla en voz baja:

—Yo no pago. Ni aquí ni en ninguna parte.

—...

—Si me tratan bien, yo los trato bien en mi blog y les apporto clientes. Si me tratasen mal les podría arruinar el negocio... pero soy buena persona y siempre me tratan bien. ¿Lo entiendes? Así que trátame bien tú también ¿eh? —y le da un toque en la punta de la nariz con el dedo.

Verónica chasca los dedos arriba. En pocos segundos aparece un camarero elegantísimo que avergüenza Enrique, que creía que iba elegante.

—Di al cocinero que nos prepare un plato con los ingredientes más frescos del día. Lo dejo en sus manos, que no me defraude.

El camarero desaparece con una elegancia nunca vista, por lo menos para Enrique.

—Bien. Cuéntame ¿qué haces en NY?

—Puuués... estoy acabando la carrera de violín.

—¡Aaah! Por eso tocas tan bien. Me gustas mucho, nunca me cansaría de escucharte.

—Gracias, pero aún tengo mucho por aprender. Tengo que perfeccionar...

—No tienes que perfeccionar nada ¡eres perfecto!

Ella le pasa la mano por la cara i se para en su mentón, lo agarra, se lo acerca y le da un beso en los labios. Lo suelta. Enrique no sabe qué cara poner, aparte de abrir los ojos como platos. Verónica vuelve a reírse. Le da palmaditas en la pierna.

—Nos lo vamos a pasar bien tu y yo. Hace tiempo que no se de nadie que no me conozca. Eres una rara avis.

—Yo no te conocía, bueno, si, una amiga me enseñó un vídeo tuyo, pero no...

—Eres adorable. Estoy muy contenta de haberte encontrado.

—Yo también de conocerte.

Verónica se vuelve a reír. Lo abraza rodeándole el cuello como si

abrazara un perrito. Le da besitos por toda la mejilla y le esparce el cabello.

—Eres tan tan... como inocente. Me gustas. No parece que quieras nada de mí. Todo el mundo me hace la pelota, pero tú, tú, eres tan educado. No pareces el que toca el violín con aquella energía. Te comería como un pastelito, eres adorable ¿te lo he dicho?

Llega la cena. Huele que alimenta. Enrique, acostumbrado a cocinar, en su casa, de supermercado y de Deli, le salen los ojos de órbita con aquellos platillos. Verónica, que lo observa, vuelve a reírse.

Cenan tomando el mejor vino de la casa. Enrique está asombrado, no sabe si está realmente allí o lo está soñando. Su desconocida acompañante, o casi desconocida, parece estar muy a gusto con él. No lo acaba de entender, se considera una persona muy corriente y nunca se podría creer merecedor de tales atenciones. Pero no le desagrada para nada y podría acostumbrarse fácilmente.

Llega un carrito con los postres y pastelitos varios. A Enrique se le hace agua la boca, pero Verónica pone la mano vertical.

—No queremos postres, gracias. Vamos a tomar una copa y me explicas que es lo que haces aquí.

Llegan a un bar de moda con una cola inmensa para entrar. La limusina de Verónica se para delante y entran directamente sin esperar ni un segundo. A Enrique le da corte y mira para el suelo mientras oye gritos de admiración dirigidos a Verónica.

Se sientan en un sofá reservado y, al momento, tienen dos cócteles en la mano. En el sofá de al lado hay unas parejas muy bien vestidas esnifando coca. Verónica se fija en que Enrique los mira.

—Yo de eso no consumo, no me hace falta y, además, te hace crecer la nariz y a mí me gusta mi nariz ¿a ti no?

—Tienes una nariz muy bonita.

—Y no está operada ¿qué te creías?

—Yo no ha dicho eso, solo que tienes una gran nariz, quiero decir, muy bonita.

Verónica ríe otra vez.

—¿Ya te he dicho que eres adorable? Si quieres una raya, dímelo.

—No, yo no lo he probado nunca, y no quiero.

—Estoy muy contenta contigo. Estoy harta de lameculos, pelotas y aprovechados. Tu eres un tío auténtico. No me falles. Continua así. Pero, te lo advierto: si me traicionas te acordarás.

La cara de estupefacción de Enrique hace reír otra vez a Verónica. Le agarra la cara con las dos manos y lo besa en la boca apretando mucho los labios.

—Ahora dime cosas ¿tienes novia?

—... bueno, no.

—Dudas ¿hay alguien que te importa?

—Una gran amiga, la que me enseñó un video tuyo.

—Buena chica ¿pero sois novios o no?

—Técnicamente no, solo buenos amigos.

—Qué suerte tiene ¿Crees que tú y yo podríamos ser buenos amigos?

—Deja que te pregunte yo ¿tú tienes novio?

—Yo puedo tener lo que quiera, pero, respondiendo a una pregunta directa, una respuesta directa: no ¿Te parece bien o tienes algún inconveniente? no serás otra cosa, ¿no? Si es así no te preocupes, tengo muchos amigos gais y soy muy abierta. Me lo puedes contar todo.

—Yo tampoco tengo nada contra los gais, pero no lo soy ¿qué te lo ha podido hacer pensar?

—¡Como te picas! Te encuentro gracioso. A la gente que me rodea no te la puedes tomar en serio. Cuando te dicen una cosa quieren decir otra, pero tú

eres como eres, mira que te acabo de conocer y no pensaba que me lo pasaría tan bien. Te adoro, no quiero perderte.

Verónica se le acerca, lo rodea con los brazos y lo besa con la lengua hasta el fondo. Enrique acepta sin rechistar, sorprendido, pero no le desagrada, al contrario, le gusta mucho. Finalmente, Verónica se retira y lo mira fijamente a los ojos.

—Me gustas. No me defraudes. Nos vamos.

La limusina de Verónica lo deja en el portal de su casa de Brooklyn.

—¿Pensabas irte a la cama conmigo, hoy?

—¿Yo? Yo no pensaba nada, solo quería conocerte.

—Ya me conoces ¿Te gusto o me encuentras insoportable?

—¿Por qué tendría que encontrarte insoportable? Me gustas y me lo he pasado muy bien contigo.

—Eres adorable. Se donde vives. Tengo tu teléfono. Se donde estudias y se dónde tocas música. No me falles. Te llamaré, no lo dudes. Ahora no podré vivir sin ti.

Verónica lo besa fuerte en los labios, le abre la puerta del coche y, con un suave empujón lo hace salir.

—Ya te llamaré, guapo, no se me escapes.

Cierra la puerta y el chofer arranca inmediatamente.

4

Suena el móvil por la mañana del día siguiente: llama Peter.

—¿Qué me dices? ¿Qué te morreaste con Verónica?

—Técnicamente fue ella quién me morreó a mí.

—¿Pero tú estás tonto o qué? ¿No te advertí que no te liases con ella?

—¿A ti qué te importa? A mí me gusta y si quiero volver a verla lo haré ¿Qué te pasa, porqué le tienes tanta tirria? A mí me cae bien, me gusta y la veré cuando me apetezca.

—O cuando le apetezca a ella. Te va a tratar como al papel higiénico.

—Me huelo que tienes algo muy personal en su contra ¿me lo puedes contar?

—Yo pertenecía a un grupo musical que nos iba bien hasta que un día apareció esta tía en un concierto. A todos nos gustó que hubiera venido hasta que apareció su blog. Nos dejó para el arrastre y después ya no nos contrató nadie. El grupo acabó disolviéndose. Así que cuidadito con ella.

—Que exagerado eres. Un blog no puede tener tanto poder. Quizá si no os contrataban era por qué no erais tan buenos como os creíais.

—¿En serio me lo dices? Yo te he advertido como amigo. Allá tú. Luego no me vengas llorando.

Cuelga.

Enrique queda quieto un buen rato con el teléfono en la mano. Le sabe mal lo que le ha dicho a Peter, no quiere perder su amistad, pero no puede volver a llamarlo y disculparse porqué aun estará rebotado, lo mandará a la mierda y quedaran peor. Podría llamar a Verónica para pedirle explicaciones de lo que pasó con Peter, pero no ve que sea una buena idea, la acaba de conocer, creará que la utiliza en beneficio personal y cortará con él su relación o como se llame lo que han tenido. Le podría dejar un mensaje en el móvil. Mala idea. Lo podría interpretar como acoso o algo así. Quizás lo mejor, de momento, es no hacer ni decir nada y esperar que se apacigüen las aguas. Por otra parte, tiene mucho trabajo acumulado del conservatorio, que, últimamente, lo está demorando. Así que, pone el atril en su sitio y, a trabajar.

Ya hace días que Peter evita a Enrique, en el conservatorio. Lo saluda, pero no le dirige la palabra. No lo culpa, todavía está mosca con él. Quizá ya va siendo hora de hablarle. Puede aprovechar que, al día siguiente, por la noche, tienen ensayo con el grupo y, así, acercar posiciones y pedirle disculpas. Pero por el momento tiene que ir progresando con los estudios, el final de curso se acerca y conseguir el título es inminente. No le está yendo mal con los exámenes, pero nada de distraerse, que ya está al caer.

Día siguiente por la mañana: está en el metro compartiendo caras de sueño con otros viajeros, bien anclados en la barra para no caer con las brusquedades del vagón. Enrique está un poco nervioso porqué, medio dormido, no está seguro de haber tomado un metro directo o el que para en su estación. Está maldiciendo, para sí, las combinaciones de las líneas de metro de NY cuando nota vibrar su móvil en el bolsillo. Está de pie estrujado entre la gente. Decide que ya responderá después, cuando mire la llamada perdida.

Lo que ya temía: llega su estación y pasa de largo a gran velocidad. Eso le va a costar, por lo menos, veinte minutos de retraso. En la primera estación que para, baja para coger el metro en dirección contraria. Aprovecha que camina por el andén para ver la llamada de móvil. Tiene una perdida de Verónica. No ha dejado mensaje ni nada. Sin dilación devuelve la llamada. Sale el buzón de voz. Duda entre si dejar un mensaje o no. Ella no lo ha hecho. corta. Ya verá que la ha llamado.

Al llegar al conservatorio encuentra la puerta de su aula cerrada. Hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

—Llegas tarde.

La vocalista del grupo lo mira con una sonrisa irónica.

—Tú también ¿Quieres ir al bar hasta la siguiente clase?

Sentados de frente, con un café cargado, se miran con curiosidad. Nunca han hablado a solas fuera del grupo. No se conocen mucho, pero saben de las respectivas virtudes musicales. Ella sabe que él es un gran violinista con mucho futuro y él sabe que ella tiene una voz privilegiada, que llegará lejos. Sin preámbulos ella le suelta:

—¿qué le has hecho a Peter que dice pestes de ti?

—¿dice pestes de mí? Es un exagerado. Nos discutimos por una tía y...

—Verónica Pepper. Todo el mundo lo sabe.

Enrique queda atónito. Parece que Peter parlotea por el conservatorio. Ahora que se quería disculpar con él. Vaya amigos.

—Yo no quería ofenderlo, pero se puso muy imbécil. No le gusta que salga con Verónica y me mandó a la mierda.

—No me extraña después de la mala pasada que le hizo.

El móvil suena. Es Verónica. Enrique responde por inercia. “Si... si Verónica... si, lo que tú digas... ¿cómo podría negarme? —la solista pone los ojos en blanco —” faltaría más... pero... pero esta noche tengo ensayo... claro

que me importas mucho... de acuerdo, muy bien”.

—Me tendréis que disculpar, pero no podré venir al ensayo esta noche.

—Estoy viendo que Peter no estaba equivocado. Te has colgado de esta tía y eso nos puede perjudicar a todos. No puedes faltar a los ensayos ahora que empezamos a tener éxito.

—Por una vez no pasa nada. Ya me pondré al día.

—Tú mismo. Te tenía por una persona más seria.

La vocalista se va dejándolo a él que pague las consumiciones. Se ha levantado con el pie izquierdo, sin duda, todo el mundo se enfada con él.

5

Se ha pasado el día tratando de encontrar a Peter. Unos lo han visto por aquí y otros por allí, pero no aparece por ninguna parte. Bueno, ya hablarán. Se está demorando, ha quedado con Verónica. Cuando sale del conservatorio reconoce su limusina. Acelera el paso, tiene ganas de verla. Cuando llega al vehículo sale el chofer y le abre la puerta de atrás.

—La señorita Verónica le espera, suba por favor.

El viaje en limusina no es muy largo. Llegan a Central Park y el chofer para delante del hotel Ritz Carlton NY. Un empleado le abre la puerta del coche y, por sorpresa para él, se le dirige por su nombre:

—Señor Henry, haga el favor de seguirme, si es tan amable.

Enrique, de pie, mira al chofer, pero éste arranca y se va. No tiene más remedio que seguir al portero hasta el ascensor que se eleva a velocidad de vértigo, tapándole los oídos, hasta el piso 22. Allí le entrega una tarjeta, le indica la única puerta que hay en la planta y desaparece por el ascensor.

Acerca la tarjeta a la cerradura que se desbloquea al instante. Des de dentro se oye la voz de verónica:

—Entra. Hasta el final, a la derecha.

Verónica está tumbada en una litera de masajes boca abajo, desnuda, con

una toallita en las nalgas. A su lado está el masajista, un negro que mide dos metros de altura por dos de anchura, por lo menos, que los mira con una sonrisa jocosa.

—Ve al lavabo y desnúdate, ahí tienes albornoz y zapatillas.

Él obedece, pero no le convence que el increíble Hulk lo destroe. Ya con el albornoz, se sitúa en una camilla paralela a su lado. No sabe de dónde ha venido, pero aparece una mujer de unos treinta, pelirroja, vestida con una bata blanca, como el hombre. Le habla con amabilidad, pero autoritaria.

—Sáquese el albornoz y tumbese, por favor.

Lo hace a la velocidad del rayo. La mujer le cubre las nalgas con una toallita y empieza un masaje espectacular durante media hora, con música suave y unas luces que han reducido su intensidad sin que se haya dado cuenta. Nadie dice ni una palabra, ni falta que hace. Finalmente, los dos masajistas desaparecen como por arte de magia.

Verónica se incorpora poniéndose el albornoz, él hace lo mismo. Ella se le acerca y le da la mano. Van hacia el fondo de la estancia donde hay una puerta de vidrio traslúcido, la abren y aparece un jacuzzi enorme, como para ocho personas. Al lado hay una cubitera con hielo con una botella de champán y una extensión plana de hielo con ostras y demás marisco por encima. Parece una pescadería, piensa Enrique. Verónica se quita el albornoz y se mete en el agua, haciéndole gestos para que él haga lo mismo. Se sienta delante de ella, dentro el agua, demasiado caliente para su gusto.

—¿Por qué estás tan lejos? Ven a mi lado. Aprovecha para descorchar la botella.

Enrique, a su lado, se pone de rodillas en el asiento i agarra fuerte la botella haciendo fuerza en el tapón, lo cual le hace tensar el culo que le sobresale del agua. Verónica no puede resistirse y se lo pica, en el momento que se dispara el tapón, cosa que hace que tenga un ligero espasmo que hace

reír con ganas a la chica. Se sientan y hacen un brindis entre burbujas. Detrás de ellos está el marisco. Ella le da una ostra con limón y él le pone un mejillón en la boca. Más champán. Ella se tumba y le coloca la cabeza en el hombro. Él le rodea la cintura con el brazo.

—Me siento sobrepasado ¿cómo te lo puedes permitir todo esto? Yo no podría devolvértelo ni en dos vidas.

—Calla y cómete esta gamba. Está deliciosa. No es una competición. Lo hago porqué puedo y quiero. Me apetece mucho compartirlo contigo. No creas que lo hago con todo el mundo.

—No quería decir esto. Te lo agradezco. Pero para estar juntos no nos hace falta tanto lujo. Yo, con estar contigo ya tengo suficiente.

—¡Eres adorable! Realmente no sé de dónde has salido, pero contigo rompieron el molde.

Verónica se pone en pie y se lo lleva de la mano.

—Ven.

—¡Estamos chorreando! Lo vamos a dejar todo perdido. Pongámonos el albornoz.

Verónica se parte de risa y lo apresura. Caminan por el suelo enmoquetado, dejando un reguero de agua, hasta la habitación con una cama King size. Verónica empuja a Enrique haciéndolo caer de espaldas en la cama y, sin dilación, ella salta y se tumba encima de él llenándolo de besos, empezando por la cara y resiguiendo todo el cuerpo. Él la abraza y se gira, dejándola debajo. Ella lo mira como diciendo: ¿A qué esperas?

—Verónica...

—¡Calla!

La luz que entra por la ventana despierta a Enrique. Casi no puede abrir los ojos. En lo primero que piensa es que llegará tarde a clase. Abre un ojo y

descubre que no está en su apartamento. Ni en su cama. Una cama que no se acaba nunca. Va recuperando la consciencia. Se incorpora y ve a Verónica de pie, desnuda, contemplando el exterior tras los cristales. Va hacia ella, pasa una mano por su cintura y miran el paisaje urbano: Central Park desde el piso 22. Hay muchos árboles sin hojas por el frío del invierno, los lagos, los puentes y los caminos. Gente que pasea y el tráfico, que va en aumento por los alrededores. Ella se da la vuelta y, sin decir nada, lo besa. Lo coge de la mano y lo lleva a la cama.

Después acaban en la ducha, enorme, con chorros de agua por todas partes. Los prueban todos. Finalmente se ponen los albornoces y Verónica ordena un desayuno en la habitación.

Sentados de frente comen con apetito. Al poco marisco de anoche apenas se le podía llamar cena. El ejercicio que vino a continuación les obliga, ahora, a recuperarse.

—No me he equivocado contigo, de momento. Eres fuerte pero atento. Estás para mí, no solo para ti. Eso no lo puedo decir de muchos hombres. Eres adorable.

—Tú también. Pareces buena chica. No entiendo por qué no le caes bien a algunas personas.

—¿Qué quieres decir con eso? —Verónica se pone a la defensiva.

—Que hay gente que te critica o que piensa que los has perjudicado.

—¿Quién te manda? ¿No serás como un espía? ¡Ya decía yo que no podía existir alguien como tú! Dime, de parte de quién vienes ¡habla, venga!

—No te sulfures, mujer. No vengo de parte de nadie, solo de mí. Si te he dicho eso es porqué, si estoy contigo, es en contra de la opinión de mi mejor amigo aquí, en NY. Él me quería poner en tu contra y yo te he defendido. Ahora no nos hablamos y me sabe mal. No quiero estar sin ti, pero tampoco quiero perder su amistad.

—¿Seguro que no me quieres engañar?

—¿Qué te asusta? ¿por qué eres tan susceptible? Yo no quiero nada malo para ti, todo lo contrario. Pero sí que querría que me ayudaras a recuperar a mi amigo. Tú no puedes ser tan mala como él dice. A mí solo me gustaría arreglarlo.

Verónica lo mira fijamente, como si así pudiera descubrir algo más allá de lo que ve. Él aguanta la mirada un buen rato y, finalmente la acaricia en la mejilla. Ella retiene la mano en su cara. Finalmente la besa y le devuelve la mano.

—Si, me han hecho daño. Se han querido aprovechar de mi posición. Ya te dije que estoy rodeada de mentirosos, lameculos, pelotas, aprovechados, mediocres que me quieren utilizar para sobresalir. No te extrañe que esté a la defensiva. No se me da mal juzgar a la gente, pero me pueden engañar, como a todo el mundo. Si tú lo hicieras, para mí sería la peor decepción de mi vida. No lo hagas. También puedo ser muy vengativa.

—Voy a hacer de psicólogo de pacotilla, pero me parece que, detrás de esa fachada de mujer fuerte y segura, se esconde una persona que vive con miedo, que siempre está a la defensiva. Por mí no temas, yo no te quiero ningún mal. Pero aún menos que tú me lo hagas a mí. No me puedo creer que estemos hablando de eso.

—¿Quién es tu amigo? Te diré con qué compañías vas.

—Se llama Peter, Peter Bread.

—No lo conozco. No será muy importante.

Enrique se ha molestado por el comentario, pero prefiere ignorarlo.

—Es el que nos hizo de mánager y habló en la rueda de prensa después de nuestra actuación del otro día en el NYFCN.

—Ya. Me es familiar, sí. Fue muy antipático.

—Me contó que le hundiste su anterior grupo con un blog negativo, que no

levantaron cabeza y se tuvieron que separar. Por eso no quiere que tú y yo nos veamos. Dice que me harás daño.

Verónica lo vuelve a mirar fijamente durante un rato, en silencio. Se pone en pie y se aproxima a él, lo rodea con los brazos por detrás y le susurra al oído:

—Yo quiero confiar en ti. Si eres tal como creo que eres, no he conocido nunca a nadie así. No quiero romper tus amistades ni amargarte la vida. Queda con él y hablaremos los tres. Pero no me la juegues.

—Mira que eres susceptible. Ya sé que no nos conocemos mucho, pero yo no soy Maquiavelo. Igualmente, yo lo podría pensar de ti ¿Eres tú Maquiavelo?

—Yo soy Verónica Pepper. Te acompaño al conservatorio.

6

Por la tarde ya no puede esperar más. Calcula que sea una hora prudente en Barcelona y propone una conexión por Skype a Queta.

—Hola guapísima ¿estás preparada para lo que te contaré?

—¿Es bueno o malo?

—No te lo vas a creer, pero tengo algo así como una novia, quiero decir que salgo con una chica.

—Ya me has olvidado.

—Jamás. Siempre a tu lado. Por cierto, hay sitio en mis apartamentos, alquila uno y volveremos a ser vecinos.

—Yo también salgo con un chico. No te lo quería decir por qué no sabía cómo te lo ibas a tomar. Pero como me dices eso, yo también te lo digo.

—¿Lo conozco?

—No, no lo creo. Lo conocí en una sala de fiestas.

—Yo, a ella, también. Pero yo actuaba en el escenario, con un nuevo grupo que hemos formado aquí.

—No hay como ser artista para poder ligar.

—¿No me preguntas si tú la conoces?

—Yo no conozco a nadie en NY ¿No será de Barcelona?

—No, no. Es de NY, pero sí que ha estado allí. Tú sabes quién es.

—Venga, dime.

—Verónica Pepper.

—¡Vete a la mierda! Siempre con tus bromas. Ahora me sabe mal haberte contado que tengo novio. Pero siempre seremos amigos. Siempre a tu lado, no lo olvides.

—Claro que no lo olvido. Por eso, porqué somos amigos, te lo cuento. Mira su blog. El concierto en la NYFCN de hace unas semanas.

La observa por la pantalla como mira el móvil, apretando botones. Está guapísima. No le extraña que tenga novio ¿Qué habría pasado si no se hubiera venido a NY?

—¡Hostia! ¡Si! Que fuerte, que pasada, no me lo puedo creer ¡Pero, si no la conocías!

—Pues te aseguro que ahora la conozco, y muy bien.

—¡No seas guarrete! Si te tuviese al lado te daría un coscorrón que te saldrían los ojos por la nariz. Pero no os veo juntos en ningún sitio ¿no me estarás mintiendo, ¿verdad?

—¿Para qué te voy a mentir? Hoy no eres la primera que me trata de mentiroso.

—Ah, ¿sí? ¿Quién más?

—Verónica.

Queta mira lo mira a los ojos por la cámara. Quiere detectar si habla en serio o no.

—¿Por qué te trata de mentiroso?

—Es complicado. Cree que soy espía de un amigo mío, de aquí, que la quiere perjudicar.

—Dile que hable conmigo y le contaré que eres un buen tío.

—Lllaman. Es su limusina que me espera en la puerta. Aquí ya es hora de

cenar.

—Si lo que me dices es verdad, no me lo voy a creer hasta que lo vea, mándame una foto de los dos por WhatsApp.

—Ok. Un beso muy fuerte.

—¡Muak!

El chofer le abre la puerta del coche. Dentro espera sentada Verónica con su minifalda y unas piernas larguísimas, cubiertas por unas medias de rejilla. Parece que la hayan pescado en el puerto, piensa Enrique.

—Cuanto has tardado en bajar ¿Te molesto, cuqui?

Lo que le molesta es que lo llame cuqui. Pero no dice nada al respecto.

—¿Cómo puedes decir eso? Tu nunca me molestas.

La limusina arranca. Enrique se deja llevar. Aunque pregunte donde van, irán igualmente.

—¿No estarás con otra? —Verónica lo dice con una sonrisa, pero él intuye que la señora susceptible lo dice en serio.

—Pues, sí. Estaba con otra.

Ella lo mira a punto de decir algo, pero antes que sea irreversible, Enrique prefiere aclarar la broma:

—Por Skype. Con mi amiga de BCN de la que te hablé. Tranquila que ahora tiene novio.

—Tiene que ser interesante mantener la amistad con una ex. Yo con mis ex no me hablo. Mejor dicho, no me hablan.

—Pues ella no se cree que tú y yo, pues...

—¿Follemos?

—No seas bruta. Quería decir, salíamos. Pero no me atrevía a usar este término.

—Bueno, los dos son ciertos ¿ya se lo has dicho?

—No hace falta ser tan explícito. Solo quiere que le mande una foto de

nosotros dos.

—Yo tengo derechos de imagen. Si se difunde sin permiso te va a caer un buen puro.

—Ahora te lo digo yo: relájate, Vero.

—¿Vero? Me gusta que me llames así, cuqui. Eres adorable. Venga, vamos a mandarle una foto nuestra. No sabe lo que se pierde. Guapo.

Enrique saca su móvil, pero Vero lo detiene y coge el suyo del bolso de marca cara. Se acerca a él pesándole la mano por detrás del hombro, agarrándolo fuerte. Con la otra eleva el móvil para hacer una selfie. Lo hace mirar a la pantalla, le pone los labios sobre los suyos y dispara varias ráfagas.

—Dame su WhatsApp. Así se lo creará y me tendrá a mí en sus contactos. Si me quiere decir algo que me lo diga. Pero tú eres mío. Que le quede claro.

—Vero, eres única.

—Gracias.

—Quiero decir que nadie va tanto por la vida con un puñal como lo haces tú.

—Que mono eres por decirme eso. Tu vigila, rey, que todos son lobos.

El coche se para delante del anexo al conservatorio. Enrique mira a Verónica.

—¿Qué hacemos aquí? Pensaba que me llevarías a un sitio lujoso de los tuyos.

—Esta mañana me has pedido que te ayude a recuperar a tu amigo. Hoy hay ensayo y a ti no te han dicho nada. Ve y arréglalo.

—No me puedo presentar así, como si no hubiera pasado nada ¿Y tú, como lo sabías?

—Yo se muchas cosas. Si se ponen tontos, les dices que miren mi blog y la fecha. Venga, bájate, cuqui. Que te vaya bien, ahora es cosa tuya.

Le da un beso y lo empuja a la calle con suavidad, pero con firmeza. La

limusina se va y se queda solo ante la puerta de ensayos.

Entra en la sala. Ve a sus compañeros con los instrumentos a punto para el ensayo. Los saluda con la mano.

—¿Qué haces aquí, traidor? —Peter no está para bromas y el resto mira mal a Enrique, que no sabe si salir corriendo o enfrentarse.

—He venido para hacer las paces. No os quiero perder como amigos ni compañeros.

—¿Se te ha ocurrido ahora o llevas días ensayando? —Peter insiste.

—Me ha traído Verónica. Quiere que nos reconciliemos.

—Verónica Pepper no es la Madre Teresa. Algo trama y a ti te utiliza como una marioneta ¿no lo ves? Te lo advertí.

—Mirad, por favor, su blog de la noche de nuestro concierto en el NYFCN.

—Mal lugar has escogido para hacer propaganda de su blog.

Mientras, la vocalista, ha clicado en su móvil y les muestra a todos lo que ve. Las cabezas de los del grupo se apiñan para poder ver la pequeña pantalla, con los ojos y la boca abierta: les hace una crítica excelente y les augura un futuro brillante.

—¿Qué pasa, te tendremos que dar las gracias por tirártela? Si no fuera por ti nos trataría de basura ¿no? Ya la conozco, ya. Y ahora ¿tú eres su embajador?

Enrique se siente acorralado en este ambiente hostil. No sabe qué hacer. De pronto, recuerda lo que le ha dicho Verónica.

—Mirad la hora en qué lo hizo.

La vocalista vuelve al móvil. El blog se hizo a pie de concierto, mezclando imágenes, texto y voz. Antes de la rueda de prensa. Todos miran a Enrique. Él empieza a sudar. No sabe exactamente como se tiene que interpretar lo que les ha dicho, ni sabe interpretar sus miradas.

—Salvado por la campana, Henry—. La vocalista lo coge por el brazo y lo lleva a unirse al grupo.

—Así, está claro que tu no tuviste nada que ver con las buenas críticas, las hizo antes de reconocerte. Toma, coge este viejo violín y hazlo sonar bien. Y no me hables más de la tía esta ¿De acuerdo?

Enrique atrapa el violín que le ha lanzado Peter.

7

El concierto de final de curso ya está aquí. Si no falla será violinista profesional. Sus padres han venido expresamente, están entre el público. Los busca mirando entre las cortinas. Vero también tiene que estar, se lo prometió. No la ve. No ve a nadie, está nervioso. Le hubiera gustado tener cerca a Queta, pero ella también tiene exámenes finales.

Se escuchan aplausos. El director ya está en el escenario. Todos los músicos de la pequeña orquesta ya se tienen que preparar. Cada uno de ellos tendrá un fragmento en solitario. Será el momento para lucirse o cagarla definitivamente y dejar la música.

Entran en el escenario. Cada músico ocupa su sitio asignado. Los potentes focos los iluminan, ya no pueden ver las caras del público. El director se coloca delante el atril, mira a los músicos con el mentón para arriba, abre los brazos i la batuta apunta al cielo. Con un movimiento enérgico ordena el comienzo de la orquesta, que llena toda la sala con los primeros compases de la música. Le toca el solo a una de las pianistas. Enrique la conoce: es buena, buenísima, pero solo sabe llorar. Ahora está llorando al empezar las primeras notas, pero mueve las manos de un lado a otro con gran agilidad. Perfecta hasta la última nota, un poco fuera de tiempo y demasiado larga. El público ni

se ha dado cuenta, pero el director sí, el cual ha abierto mucho los ojos en su dirección. Ella también lo ha visto y llora aún más. Suerte que van pasando los violines, uno por uno, y distraen la atención. Pronto le va a tocar a él. Ya viene el crescendo, dos compases más y entra. Se pone en pie, se le ha caído el pañuelo del cuello, da igual, será poco rato. Es el fragmento complicado que se le resistía. Se ha lavado, durante un buen rato, las manos con agua caliente. Los dedos comprimen las cuerdas y las sueltan a gran velocidad, moviéndose arriba y abajo mientras frota el arco en el lugar y el momento precisos. Ahora no puede fallar: tiene que terminar con un pizzicato para que, después, se unan los vientos. No puede perder el compás, el tempo es fundamental. Lo hace, sí, lo hace y lo hace bien. Le ha parecido escuchar algunos aplausos. Mira hacia el director, que hace un ligero gesto de asentimiento. Se sienta, está sudando y se da cuenta de que tiembla. Lo peor ya ha pasado. De hecho, el examen, ya lo hizo y con buena nota. Pero un error en la orquesta resultaría fatal.

Sus padres lo esperan en el Hall. Ellos también están nerviosos. Cuando sale se abrazan largamente, no se han visto en todo el curso. Les explica que no podrá volver a Barcelona, que tiene un contrato de violinista en una orquesta y otro en un cuarteto de clásica. También, les cuenta, tiene mucho éxito con el grupo de música celta. Ya conocerán a sus amigos. Pero ahora les quiere presentar a una persona muy especial para él. La han visto en fotografía, pero ahora la conocerán en persona. Coge a sus padres del brazo y salen a la calle. Hay aparcada una limusina negra muy brillante, con un chofer que abre la puerta de atrás y sale una chica, la de las fotos, bastante extravagante. La madre piensa, para sí, que ya podría comprarse unas medias nuevas y tirar esos trapos con agujeros. Si la minifalda llega a ser más corta parecería una bufanda. Pero a que peluquería debe ir, la pobre, parece que haya estado pintando el techo. Con esos tacones ella se mataría.

Verónica avanza con paso firme hacia ellos. El padre extiende la mano,

pero ella va directamente a darle dos besos. Como a Enrique, la mano le ha quedado en el pecho de ella, el padre la retira inmediatamente, como si le hubiese dado un calambrazo. Enrique se ríe mientras la chica saluda a su madre. Sin decir palabra, Vero coge a los padres de Enrique por el brazo y los mete en el coche. Se sientan de frente y los invita a champán mientras dura el viaje hasta un restaurante, en Columbus Square. Les abre un portero con sombrero de copa y los acompañan hasta un reservado solo para ellos cuatro.

—Tienen un hijo adorable ¿Qué les tengo que contar? Ya lo saben. Tiene unas manos mágicas y no solo para el violín que...

—Vero ¿Pedimos?

—¡Camarero! ¡Lo que tenga más fresco el chef!

Los padres se miran. No están acostumbrados a sitios tan lujosos y a no pedir de la carta. Cuando vienen los platos lo entienden. Los pueden escoger directamente y se los sirven al instante. Las copas no se vacían por mucho que beban.

—Lástima que no podré disfrutar mucho de su hijo ya que viajará por todo el país. Pero yo te vendré a visitar ¿No, cuqui?

—Hola, Queta ¡Guapísima! ¿Sabes si mis padres ya están de vuelta? ¿los has visto? ¿están bien? Ya hablaré con ellos después ¿y tú? ¿cómo han ido los exámenes?

—Estás muy acelerado ¿Quieres dejarme hablar? A ti también te veo muy guapo. Quítate los pelos de la cara. Así. Pues, sí. He visto a tus padres y están bien. Están bien alucinados con tu novia. Yo también la quiero conocer en persona.

—Yo no puedo venir, tengo mucho trabajo, pero puedes venir tú. Con tu novio, si quieres. Pero no me has respondido: ¿Y los exámenes?

—Muy bien. Me gusta lo que estudio y no he dejado de bailar.

—Me lo parece a mí o te ha crecido los pechos. Ponte un poco para atrás, así. Si, son más grandes, tu novio estará contento.

—¡Que bruto eres! Me he engordado un poco y ya está. Tú ya tienes barba como un hombre. ¿Y los dientes? Muéstrame los dientes.

Los dos se sitúan delante la cámara enseñando los dientes sin los Brackets.

—Yo también quiero conocer a tu novio ¿tienes una foto?

Queta busca por las profundidades de su bolso. Luego pone delante la cámara una imagen de ella con un chico, de cintura para arriba, sonrientes y mirando al frente.

—¿Qué pasa? No dices nada ¿No te gusta mi novio?

—Mientras te guste a ti. Yo no digo nada. Seguro que es una magnífica persona.

—No hagas que le coja manía, que te hago mucho caso.

—Te lo digo en serio. Aún no ha empezado el curso. Os pago los billetes de avión, que este verano he ganado mucha pasta y, además, tengo unos días libres. Veniros y conocerás a Vero en persona.

—Lo hablaré con Mario. Tengo muchas ganas de verte.

—¿Mario? ¿Se llama Mario? ¿Es apellido? ¿No se llamará Art de nombre?

—Si te tuviera delante te daría de hostias... te digo algo hoy mismo. Ya tengo ganas de ir y estar a tu lado.

—Yo también, a tu lado. Un beso y un fuerte achuceo.

—¡Mira que eres burro! Muak, muak, muak.

8

Son los primeros días de setiembre y ya no hace tanto calor en NY. Enrique y Verónica esperan la salida de los pasajeros en el aeropuerto JFK de NY, que ya ha aterrizado. Ya los ven, Queta suelta la mano del chico que va con ella y se pone a correr. Enrique hace lo mismo. Se prevé una colisión inminente. Queta le salta encima, lo rodea con los brazos al cuello y las piernas alrededor de la cintura. Él la aguanta por el culo para que no se caiga y se dan besos por toda la cara delante de los ojos de asombro de las respectivas parejas, que se miran y se presentan:

—Verónica.

—Ya lo sé. Mucho gusto. Me llamo Mario.

Mientras los otros dos se han caído por el suelo, uno le tira de la nariz y el otro de las orejas. La gente que pasa los mira y sigue su camino. Verónica se parte de risa, pero Mario está muy serio.

Se levantan acalorados y se presentan a los respectivos.

—No me puedo creer que esté hablando contigo, Verónica Pepper, soy una gran admiradora tuya.

—Yo te digo que también te admiro por mantener una amistad así. No la pierdas. Te lo puedo dejar de vez en cuando. Pero devuélvemelo intacto.

La limusina no va hacia Brooklyn, sino a Chelsea, a un apartamento que, ahora, Enrique, se puede permitir. En él instala a Queta y su pareja en una amplia habitación de invitados, con baño individual. Verónica los recogerá por la noche para ir a cenar los cuatro. Ahora los viajeros se van a dormir para superar el jet lag.

Enrique ya está acostumbrado a los restaurantes de lujo de la quinta avenida. Pero Queta y Mario están admirados.

—¡Uaau! ¡Qué fantástico! Que bien os lo montáis. Pero, cuéntame tu, Verónica Pepper ¿Como os conocisteis?

—Vero para ti, guapa. Tu amigo es adorable, no sé si lo sabias...

—Lo sé, lo sé...

—Pero ya lo adoro yo. Nos conocimos después de un concierto. Y a la segunda noche ya me lo llevé a la cama.

Mario no sabe qué cara poner. Queta ríe divertida y no se inmuta.

—Ya lo sé. Me lo ha dicho. Trátamelo bien, que no quiero recoger trozos rotos.

—Está buenísimo, este pato ¿No os parece? —Enrique quiere cambiar de tema.

—Veo que te has sofisticado mucho, Enrique. En Barcelona no te gustaban muchas cosas, pero cuando venías a casa se me comías todas las galletas.

—Ya lo sabes, siempre he sido un poco goloso. Me comía lo que tú no te comías porque querías mantener tu figurín de bailarina.

—A mí me gustaba verte comer con aquel apetito.

—Pues a mí me gustaba esperarte en el portal de casa para ir juntos al insti.

—A mí también, pero la que te tenía que esperar era yo.

—No es verdad. Pero no era mucho rato ¿Aun ves a Kani?

—Noo ¡Vaya pulpo! No sé nada de él, ni ganas.

—¿Quién es Kani? —pregunta Mario, mosca.

—Ya te lo contaré. Tú, Enrique, me tienes que hablar de Peter.

—¿Enrique, le llamas? Yo le llamo Henry ¿verdad cuqui?

Queta no puede evitar troncharse de risa.

—¿En serio le llamas cuqui?

—Es mi cuqui, si ¿Qué pasa? ¿tu como llamas a tu novio?

Queta mira directamente a Enrique. Rápidamente pasa la mirada a Mario.

—Yo lo llamo Mario.

Ha pasado un año después de aquella cena. En un año pasan muchas cosas. Enrique no ha parado de viajar por todo Estados Unidos con la orquesta sinfónica. Ha dejado el cuarteto y, lo que le ha sabido peor, ha tenido que abandonar la banda. Le gustaba la música celta y le gustaban sus compañeros del grupo.

Por fin puede pasar unos días en su apartamento de Chelsea. Ha quedado con Peter, que hace tiempo que no se ven, en la Pizzería Sbarro's de siempre, al lado de Times Square. Le tiene preparada una sorpresa, a Peter. Quizás no le gustará.

—¡Henry! ¡Cuánto tiempo!

Peter y Enrique se abrazan, dándose palmaditas en la espalda. Se sientan y piden cerveza.

—Se que os va muy bien con la banda y que el nuevo violinista lo hace de maravilla. Me alegro mucho. Se que confiaste en mí, y por dos veces.

—Si empiezas así me asustas, ve al grano.

—Te quería hablar de Verónica.

—Para, para, no sigas. Ya te dije que no me hablastes de ella.

—Mira, yo no puedo dividirme. Acabará esquizofrénico. Necesito, por higiene mental, que se acabe este mal rollo. Verónica es mi novia y tú eres mi amigo, no puedo estar escondiendo uno del otro y hacer malabarismos para que nadie se enfade.

—¿Crees que no ha ido con nadie más? ¿que solo tiene ojos para ti?

—Ya lo sé. Me lo cuenta. No es una monja. Ni yo un monje, siempre estoy de viaje y ella tiene sus cosas. Vivimos nuestra vida y cuando nos vemos somos felices. Pero ese no es el caso...

Las cabezas de la gente del restaurante se levantan y siguen con la mirada a la mujer que acaba de entrar con paso firme.

—¿Qué hace ella aquí? Me has puesto una trampa ¡Traidor! —Peter hace ademán de levantarse.

—¡Siéntate y calla! —Enrique lo sujeta por el brazo y lo sienta.

—No me habías dicho que tu amigo antipático estaría aquí ¿Quieres que venga después, o que no venga nunca más?

—Vero, siéntate —. la besa en los morros cogiéndola por las mejillas, como muchas veces hace ella con él. Peter quiere irse otra vez. Enrique lo sienta poniéndole una mano en el hombro. Él se queda en pie entre los dos que están sentados mirándose desafiantes. Luego se sienta entre ellos. La gente los observa de reojo.

—Aquí, en NY, vosotros sois mis mejores amigos. No hace falta que seáis amigos entre vosotros, pero no me amarguéis la vida.

—Yo no puedo ser amigo de esta manipuladora.

—¡Serás sinvergüenza! Si te hago críticas malas soy manipuladora, pero si son buenas son como deberían ¿no? Tienes un ego muy alto, chato.

—¡Chato tu tía! Mira quién habla de ego. Tu rompiste mi grupo.

—¿Y ahora qué? ¿no te va mejor? Te hice un favor. Yo no rompo ni pego,

solo opino. Cuando he hablado bien de vuestro grupo no te he visto correr para darme las gracias.

—No discutáis ¿Podemos tomarnos la cerveza tranquilos?

—Pero ¿tú quién te has creído que eres? ¿Gandhi? Si ella no quiere ser mi amiga ni yo el suyo ¿Qué quieres arreglar?

—Si, guapo ¿quieres que salgamos este y yo del brazo? ¿Te has cansado de mí y me quieres enchufar a ese?

—Para el carro, guapa ¡Yo contigo no saldría ni que me tocases en una tómbola!

—No me cabrees o...

—¿O qué? ¿ahora vas a convertir tus críticas supuestamente objetivas en una venganza?

—Por favor, daos una tregua. Haced una cosa por mí: daos la mano.

—¿Crees que estamos en misa? Dale tú la mano, que es tu novia.

Verónica se pone en pie y Peter hace lo mismo. Se van uno al lado del otro dejando solo a Enrique y un montón de ojos que lo observan con curiosidad.

9

Ya estamos en invierno. En Toronto hace un frío que pela. Casi no ha cenado. Está cansado. El concierto de la tarde lo ha dejado agotado. Por primera vez has sustituido al primer violinista, que se ha puesto enfermo, el frío de Toronto le ha pasado factura.

Se tumba en la cama y mira el móvil. Desde que dejó NY no ha vuelto y Verónica le dice que ya se verán, que viaja mucho. Peter le desea mucha suerte, que ya tomarán unas cervezas. Pero ni uno ni el otro han mencionado su encuentro en Sbarro's. La distancia y, quizá el agotamiento lo sumen en un estado de añoranza. Echa de menos a sus amigos, la familia, a Queta. ¡Queta! No ha contactado con ella desde que lo vino a ver. Eso es imperdonable. Mira la hora y calcula. En Barcelona es media tarde. Ahora está muy cansado y solo diría tonterías. Mañana.

Tokio. Ya es primavera. Los cerezos están en flor. ¡Queta! Enrique aún no se ha puesto en contacto con ella. Ha pensado en ella al ver los cerezos. Su amiga tenía un manzano en su patio y le gustaba cuando florecía. La llamará.

Ahora viaja fuera de Estados Unidos. La orquesta ha ganado prestigio y él

también. Fue un golpe de suerte sustituir al primer violinista en Toronto, ahora se alternan de vez en cuando.

¿qué hora debe ser en Barcelona? Se acaba de levantar y mira por la ventana del hotel, piso 28. Mira un rato el jardín de delante, florecido. Toma una foto con el móvil y la manda por WhatsApp a Queta. También le pregunta cuando le viene bien conectar por Skype, hoy tiene todo el día libre.

Con sus compañeros músicos harán un tour organizado por la ciudad, parando en los principales parques, que ahora están exuberantes, como el jardín oriental del palacio imperial. No para de hacer fotos como un japonés en el extranjero. El templo de Senso-ji, los jardines exteriores, Asakusa, con unas vistas impresionantes, Tsukiji, el mercado de pescado y muchas más cosas que no ha entendido porqué ha desconectado, tiene a Queta en la cabeza, quiere hablarle y disculparse por no haberle dicho nada desde hace tiempo. Vero también hace tiempo que no se pone en contacto con él. Con Peter aún tienen pendientes unas cervezas. Tiene ganas de estar en el hotel otra vez. Mira el móvil: Queta le indica las horas que le van bien. Hace rato que se lo ha mandado. Con tanto viaje está fuera de sitio, no solo geográficamente, sobre todo temporalmente. No sabe ni el día que es.

Por fin de regreso al hotel. Va directo al portátil.

—Hola vecino. Eres difícil de ver. ¡Qué flaco estás! ¿Es que no me comes?

—Un besazo, vecina. Mil, mil perdones. He pensado muchas veces a hablar contigo, pero tanto viaje...

—Bla, bla, bla... que no te acuerdas de mí. Me tienes abandonada.

—¡Eso nunca! Siempre a tu lado, aunque no te lo parezca.

—Yo también, a tu lado ¿Tú me has notado? Que cara pones, no me mientas.

—Te tiraría de las orejas, pero no llego ¿cómo te va con, como se

llamaba, Migue?

—Te refieres a Mario. Hace tiempo que lo dejamos.

—Caramba, lo siento.

—Bueno, no te creo. Pero ahora estoy mejor. La culpa fue tuya —dice, riéndose.

—...

—Si, no pongas esa cara. Desde que volvimos de NY, poco después cortamos.

—¿Y yo qué pinto en todo esto?

—Me dijo que yo ya tenía novio. Que él no tenía nada que hacer conmigo.

—¡Serás canalla! —Enrique se ríe a carcajadas —¿Le ponías los cuernos con otro?

—¡No! Bueno, sí, según él.

—¿Qué pasa, que era paranoico?

—No exactamente, o quizá sí. Pero el novio al que se refería eras tú.

Enrique pone ojos como platos y se parte de risa.

—Tenemos que hablar más a menudo. Eres terapéutica. Te lo estás inventando, que te conozco. Te gusta tomarme el pelo.

—Que te lo digo en serio. En el fondo, mejor. Era un soso que solo se despertaba si iba colocado.

—No hablaba mucho, no. Pero ya sabes: más vale estar callado y parecer idiota...

—Que hablar y demostrarlo. Y a él no le hacía falta ni hablar. Ahora estoy más tranquila. ¿Y tú y la Vero? Lo siento, hace tiempo que no la sigo. Nos hacemos más mayores y las tonterías que antes no hacían gracia, ahora ya no. ¿está bien? ¿Y tú? Ya te he dicho que te veo muy flacucho.

—No sé si me servirá de disculpa contigo, pero con ella hablo poco y coincidimos menos. Cuando yo estoy aquí ella está allí. Llevamos una vida

que nos hace ir de culo ¿Como te va la carrera? ¿vas a terminar pronto, ¿no?

—Acabo en junio del próximo año. Espero que estés en mi graduación.

—No faltaré, te lo prometo. Siempre a tu lado, vecina.

—No me falles. Siempre a tu lado, vecino.

—Ahora que no tienes novio, un morreo.

—Aunque tu tengas, igualmente. Y hablemos más a menudo.

10

Sídney. También es primavera, como lo era hace medio año en Tokio. Enrique se mira en el espejo de la habitación del hotel. Queta tenía razón, estoy muy flaco, piensa.

Aquí todo está floreciendo, es el mes de noviembre y en NY debe estar empezando a hacer frío, como en Tokio o Barcelona. Hablando de Tokio, allí no lo pensó, pero ahora se siente como Bill Murray en *Lost in Translation*. Con la diferencia que, si baja al bar encontrará a sus compañeros de orquesta. Ya pasa bastantes horas con ellos y quiere desconectar. A quién seguro que no va a encontrar será a Scarlett Johansson.

Está anocheciendo y le sobreviene una gran nostalgia. No quiere bajar a cenar, no quiere hablar con nadie de trivialidades. Pedirá que le suban la cena a la habitación. Busca el móvil y manda un WhatsApp a Vero. Después se va a la ducha para despejarse y dejar las preocupaciones.

Llaman a la puerta. Se pone el albornoz con prisas, se ha estado mucho rato en la ducha y se había olvidado de la cena. Descalzo, abre la puerta mientras escucha la señal de recibo de WhatsApp del móvil. Cuando el camarero se ha ido, lo mira: la Vero le pide que se conecte por Skype.

—Hola, cuqui. Tenía muchas ganas de verte.

—¿Qué hora es allí donde estés? No te molesto, ¿no?

—¡Pero que falco estás! No te preocupes por la hora, yo no tengo horas.

—Tú estás... diferente. Tu peinado parece casi normal. Échate para atrás. Así. Tú también has perdido peso. Tendrás que decir a tus amigos chefs que te alimenten mejor.

—Ya no hay chefs.

—¿Qué te pasa? No tienes muy buena cara.

—Te echo de menos, cuqui. Nadie es como tú. Ya te dije que todos son lobos.

—Me preocupas. Ahora no puedo, voy de culo, pero en cuanto pueda nos vemos. Mejor: coge un jet y ven.

—Ojalá fuera tan fácil, pero no puedo.

—¿Dónde estás? En cuanto pueda hacer una escapada vendré a verte.

—Estoy en NY.

—Creo que en unas tres semanas pararé un poco y podré venir a tu casa.

—Mira, cuqui, solo te lo puedo decir a ti, que sé que no dirás nada a nadie. Si hablas... no me vengaré, no... pero no te lo perdonaré por la vergüenza que me harías pasar. ¡Yo soy Verónica Pepper!

—Me asustas. ¿no tendrás alguna enfermedad fea?

—Vivo con una amiga. Ya no tengo casa. Ella no lo sabe. Cree que vivo con ella por alguna tontería pasajera de las mías. Pero no podré estar ahí siempre.

—No sé de qué va todo eso, pero instálate en mi apartamento de Chelsea. Está vacío. Solo tienes que pedirle las llaves a “nuestro” amigo Peter. Te daré su teléfono.

—No hace falta, ya lo tengo. Tu no le digas nada, por muy amigos que seáis ¿de acuerdo? No me falles. Si me traicionas no me podré vengar, pero no te lo perdonaría. Eres muy mono. Te portas muy bien conmigo. Te necesito, ya

te lo dije, no se me escapes. Eres adorable.

Ha cortado la conexión. Enrique se ha quedado preocupado, pero relativamente. Verónica Pepper tiene “neuras” de vez en cuando. La cena se enfría.

Canberra, Hobart, Auckland, Singapur, Jakarta.

Enrique ya se ha convertido en el primer violinista oficial de la orquesta en sustitución del anterior, que se retira a dar clases al conservatorio, no está, el hombre, para ir viajando por estos mundos de Dios.

El periplo por Oceanía se ha prolongado. La verdad, con el día a día tan ocupado, el tiempo le ha volado. Ahora van a ir al Sudeste asiático. Ya es primavera en NY. Central Park estará espléndido. Y Barcelona, también es primavera allí. ¡Queta! ¡Acaba la carrera! Le prometió que estaría en su graduación. Imposible, tiene toda la agenda llena durante el mes de junio, no puede hacer ni una escapada. No sabe que cara le podrá poner. ¿Cómo se lo dirá por Skype? Le va a caer la cara de vergüenza. Se merecería todos los tirones de nariz y orejas que le pudiera hacer.

El móvil suena.

—Hola, Vero...

—¿Te has olvidado de mí? Como ahora eres el señor importante, que sale en todos los periódicos y revistas, ya te has olvidado de los pobres.

—¡Pobres! ¡Qué morro tienes! ¿cómo estás, guapa? ¿estás bien en mi apartamento?

—Muy bien. Me sabe mal...

—Como si fuera tuyo ¿a ti te sabe mal algo?

—Me sabe mal haberte tratado como te he tratado en alguna ocasión, cuqui.

—Yo no me quejo. Siempre me has tratado bien.

—Eres un sol, eres muy mono, eres adorable. No me dejes.

Ha colgado. Vero es única, ya se lo dijo una vez. Enrique está acostumbrado a sus excentricidades. Ahora tiene ensayo y mañana tocan.

—Muchas felicidades, vecina, déjame ver el título.

—Pero si aún no lo tengo, ni el provisional. Ayer fue la entrega de diplomas, simbólica, pero hubo una fiesta. Creí que vendrías, que estarías a mi lado.

—Te juro que he estado a tu lado. No físicamente. Perdón, perdón, perdón. Tenía un concierto. Pero he pensado mucho en ti, lo has tenido que notar.

—Te he sentido a mi lado. Pero hubiese querido tirarte fuerte de las orejas.

—Ahora, cuando necesite una inyección vendré a ponerte el culo a ver como lo haces.

—Y yo te daré una patada que irás a la luna.

—Enseguida que pueda me escaparé para Barcelona. Tú ves a mis padres más que yo. Dales recuerdos a los tuyos y a los míos.

—Eso de ser el primer violinista te ha vuelto muy formal. Ya no estás tan flacucho. Déjame verte, ponte de pie... ¡un buen culo!

—Ahora te quiero ver yo, pero con la bata blanca, a ver cómo te queda.

—Espera...

—¡Uau! Pareces una enfermera de una revista de aquellas...

—Eres un tonto. Quiero verte para darte una buena paliza. Después ya te curaré.

—Si me lesionas te costará mucho dinero, tengo un seguro millonario.

—Tranquilo, la cosa queda entre vecinos.

—Tengo que ir a NY el fin de semana. Ven. Tú y el novio que tengas.

—No tengo novio y me voy de viaje de fin de curso con los compañeros, pero gracias. Recuerdos a Vero ¿cómo está?

—Rara, como siempre. Ahora está ocupando mi apartamento por no sé qué historia pasa con el suyo.

—¿No tendrá que ver con que tiene competidores y le ha bajado mucho su número de seguidores?

—Ni idea, de eso no me ha hablado, pero está rara.

—Yo no te he dicho nada, ya lo hablareis, que parece muy celosa y yo no quiero malos rollos.

—Adiós, vecinita. Cuando nos veamos ya jugaremos a enfermeras.

—No te digo donde pienso pincharte. Muak, muak.

El fin de semana Enrique llega a NY. Vero le ha dicho que no podía ir a recogerlo, que cogiera un taxi.

Abre la puerta de su apartamento.

—¿Hay alguien?

—¡Cuqui! Que contenta estoy de verte, por fin.

Vero lo abraza con tanta fuerza que se le salen las zapatillas rosas con borla y se le cae el gorrito también rosa. Después se abrocha la bata cortita de satén rosa y se dirige al mueble-bar para prepararle un coctel de bienvenida.

—Esperaba que me vendrías a recoger con la limusina y estás aquí ¿qué pasa?

Vero no contesta, agita el coctel y se lo acerca.

—¿Tienes algún problema? ¿Qué te pasa? ¿por qué pones esta cara?

Se sientan en el sofá de piel.

—Me da vergüenza decírtelo. ¡Yo soy Verónica Pepper!

—¿Te da vergüenza decirme eso? ¡Vaya novedad!

—No te rías, cuqui. ya no hay chofer ni limusina.

—...

—Ni chefs, ni restaurantes caros, ni hoteles de lujo, ni salas de fiesta, ni...

—Para el carro ¿Me tomas el pelo? ¿Es la famosa Verónica Pepper la que me habla? No te creo. Vístete que nos vamos a un restaurante de la quinta avenida. Pago yo.

Vero está misteriosamente callada durante el trayecto en taxi. El conductor no para de mirarlos por el retrovisor. Ya han llegado al sofisticaffé de la quinta avenida y el taxi para justo enfrente.

—¿Podemos ir a otro sitio, Henry, por favor? Este ya lo tengo muy visto.

—Me trae viejos recuerdos. Ven.

Muy seria se apea del coche. Sin esperarlo a él, camina por la amplia acera con su paso firme hasta la puerta. El portero no se la abre.

—Señorita, espérese a que consulte la disponibilidad, por favor.

Detrás llega Enrique.

—¡Aaaah! ¡Señor Henry! ¡Qué honor tenerlo entre nosotros! Adelante.

Verónica mira, con la cara de odio más hate a la nuevayorquesa, al portero.

Camina detrás de Enrique, el cual se sorprende que se levanten de las mesas, lo saluden, le den la mano, palmaditas en la espalda y, una señora, hasta llega a pedirle un autógrafo.

Aparece el camarero hiperelegante que les anuncia que el chef está informado de su llegada y les va a preparar su especialidad personalmente. Mientras les sirven champán. Enrique está sorprendido. Verónica está muy seria.

—No me imaginaba que tu influencia haría que me adulasen de esta manera, Vero, eres increíble.

—¿Lo dices en serio o te estas riendo de mí?

—¿por qué iba a hacerlo? Siempre tan susceptible, tan a la defensiva.

—Si yo he podido entrar aquí ha sido por ti. A mí ya no me quieren, ni aquí ni en muchos otros lugares. En cambio, tu eres famoso y...

Se acerca el chef, vestido de chef, el propietario del local, el metre, el camarero, la recepcionista que parece un maniquí y rodean a la pareja. Un fotógrafo con un trípode se coloca delante. Todo el mundo hace la sonrisa más falsa que saben hacer, menos Vero, que mantiene una cara de palo, seria, mirando fijamente al objetivo.

—Es un honor tenerlo aquí. Con su permiso, señor Henry, pondremos su fotografía en la pared, entre los famosos que han visitado nuestro establecimiento.

El propietario le da la mano y, detrás de él, los demás, como si fuese un primer ministro. La cara de alucine de Enrique hace cambiar la expresión de Vero, que se pone a reír.

—¿Es esto una broma que me has preparado? Si es así es de muy mal gusto. Llevo meses sin volver a casa y que me reciban con mofa no me divierte en absoluto.

Vero aún se ríe más.

—Que mono estás cuando te enfadas, cuqui. Eres adorable ¿Es que no lees periódicos ni revistas ni ves la tele?

—Voy de culo. Casi no sé nada del mundo. He dejado de lado familia y amistades. Te pido disculpas...

—Eres famoso. ¿No eres consciente del éxito de vuestra gira mundial? ¿De que seas el primer violín? ¿De que hayas sustituido el gran Niccolo Morossinni? Vuestra gira se ha seguido más que la NBA.

—La famosa eres tú, no me tomes el pelo.

—Por favor, camarero, tráiganos la última revista Time.

Enrique la hojea incrédulo. En portada aparece Niccolo Morossinni. En el interior le hacen una larga entrevista. Entre otras cosas, canta maravillas de su sustituto: genial primer violín con una proyección extraordinaria. No puede parar de leer mientras sirven los platos. En la página siguiente hay una fotografía de Enrique, y una detallada biografía musical suya.

—¿Y tú? ¿Has hablado de mí?

—Claro que sí, cuqui. Pero a mi público la música clásica le importa un pepino.

—Es un detalle de tu parte.

—De todas maneras, parece que a todo el mundo le importa un pepino lo que digo.

Enrique queda atónito, no la había visto nunca así. Una raya negra se le dibuja en la cara, después otra, se le están despintando los ojos por unas lágrimas fugaces. Busca un pañuelo, Enrique se le adelanta y le ofrece el suyo. Se limpia mirándose en un pequeño espejo que ha sacado del bolso. Sin decir ni una palabra se va hacia los aseos.

Cuando está de vuelta ve como Enrique está rodeado de una familia que se fotografía con él. Los niños lo besan y los padres le dan la mano con agradecimiento. Vero se vuelve a sentar. Él la encuentra más guapa sin tanta pintura en los ojos. No sabe si decírselo o no. Mejor que no, está muy susceptible. Pero sí que le dirá una cosa que tiene en la cabeza desde hace tiempo:

—Quiero ir a cenar a una pizzería esta noche ¿Te parece bien?

11

Un taxi amarillo de NY se para en la puerta de Sbarro's, cerca de Times Square. Se baja Enrique y le sostiene la puerta abierta a Vero. Son las siete de la tarde y ya ha oscurecido.

—No te enojas conmigo, Vero, pero...

La chica lo deja con la palabra en la boca, corre hacia la pizzería y se abraza a Peter, que los esperaba en la entrada.

Enrique se queda con la boca abierta, quieto, interrumpiendo el paso de la gente, que lo empuja y le llama de todo. Ellos dos le hacen señas para que se acerque. Por fin reacciona.

Peter la da un gran abrazo.

—Yo... yo, os había preparado una reunión, como la otra vez, quería que hicieseis las paces, no os he dicho nada de que vendría el otro, pero eso supera mis expectativas ¿Me he perdido algo?

—Vaya cara pones, cuqui —Vero se parte —. No pienses mal. Somos amigos gracias a ti desde el primer encuentro.

—Y yo que sufría por si Peter no habría querido darte las llaves de mi apartamento. Pero ¿A qué te refieres con que sois amigos desde el primer encuentro? Si salisteis rebotados.

—Rebobina, amigo mío —interviene Peter—. Recordarás que salimos a la vez. Yo me iba caminando a mi casa, pero Verónica me metió, de un empujón, en su limusina.

—Muy propio de ella, te creo.

—Me interrogó hasta la extenuación para asegurarse de que yo era amigo tuyo. No te lo vas a creer: ¡Se disculpó! Si, como lo oyes: se disculpó conmigo.

—Vale ¿Te quieres callar? Ya has hablado bastante. Lo hice por Henry. Y tu estate tranquilo, que con Peter no me iría ni al cine.

—Pero si de fiesta, golfa, más de una vez.

—Si, pero no ha pasado nada ¿eh?

En este impase, como de vacaciones, Enrique quiere reencontrar su vida. Contacta con sus padres y los invita a venir, también a los padres de Queta y a ella. Pero antes quiere hablarle. Es el mes de diciembre, hace mucho frío en NY. Las tiendas están llenas de gente comprando. Resuenan villancicos y música navideña por todas partes, en tiendas y calles, que están iluminadas con motivos de christmas americanos, abarrotadas de personal con sus compras.

—Que aspecto de agotada tienes ¿Te encuentras bien?

—Me ha tocado el turno de noche en el hospital ¡Mira que ojeras!

—Pero sigues muy guapa. He soñado contigo vestida de enfermera.

—Siempre tan tonto. Pero tan guapo. Y famosillo. Si te dejo un ojo morado saldrá en los periódicos. Nos tendremos que pelear con cuidado.

—Ya me vas a curar tú. ¿Podrás venir con tus padres y los míos? Y tu

novio de turno, si quieres.

—No tengo novio ni tiempo que perder, ya mucho lo he perdido.

—¡Vayaaa! ¡Qué humor! Estás cansada, ¿no? Ahora me gustaría estar a tu lado y te abrazaría. Te lo digo en serio. Ya tengo ganas de que vengas.

—Yo también, a tu lado. No puedo más, me voy a la cama.

—Yo iría contigo.

—No estoy para bromas. Un beso muy fuerte.

—Descansa. Te espero, no me falles. Besos.

El domingo antes de Navidad se prepara el gran concierto en el Carnegie Hall de NY. El viernes, los padres ya han llegado a la ciudad. Los recogen Enrique y Vero con una limusina alquilada para la ocasión.

Como siempre, en la zona de llegadas, Enrique y Queta acaban por los suelos, tirándose de la nariz y de las orejas.

Pero esta vez no ha pasado desapercibido por las cámaras y los periodistas.

Cuando llegan al apartamento de Chelsea se distribuyen las habitaciones.

—Lo siento, Queta, pero vuelves a ser una niña y dormirás con tus padres, si no es que quieras dormir con Vero y conmigo.

—Estaría bien montar un trio, pero, con mis padres aquí, me da corte. Mejor me quedo con ellos.

Por la tarde los cuatro padres van de turismo por la ciudad. Tienen que aprovechar, que el vuelo de vuelta es para el domingo por la tarde.

Enrique ha quedado con Peter para que lo acompañe a ver el ensayo de la tarde en el Carnegie Hall con Vero y Queta.

El ensayo es impecable. Queta no entiende que el director interrumpa y haga repetir algunos compases. Así se lo comenta a Peter:

—¡Si lo hacen perfecto! ¿por qué paran?

—Son muy perfeccionistas. Con la música celta no nos pasa, si la cagas no se nota o bien te aplauden más.

—¿Os queréis callar? ¡Que no estáis en un bar! —exclama Vero, molesta.

Desde el escenario, Enrique, los ve de reajo, pero no puede distraerse. Ya le toca un solo largo, únicamente acompañado al piano por la pianista llorona.

A los tres amigos se le pone la piel de gallina. A Queta le cae la baba, literalmente. Recuerda cuando ensayaba en su casa y ella se reía de sus chirridos con el violín. Ahora le sabe mal, su violín casi la hace llorar.

Cuando se acaba el ensayo se encuentran en la salida de artistas. Enrique tiene planes para lo que queda de tarde. Empieza a nevar ligeramente.

—Venid conmigo ¡Taxi!

Suben los cuatro. Después de unos minutos de serpentear por el tráfico de la ciudad, llegan al Rockefeller Center, con su pista de hielo.

—Aquí es donde os quería llevar. Poneos patines, allí alquilan.

La pista, bajo el gran edificio, está iluminada. La noche ha caído y la débil nevada persiste con sus copos de algodón. Vero, que es de NY, patina muy bien. Igual que Peter. Enrique le da la mano a Queta, para que no se caiga. Antes de terminar la primera vuelta, Enrique es el que se cae de culo ante las risotadas de sus amigos.

—¿Como sabes patinar tan bien, Queta?

—A las bailarinas nos cuesta poco. Además, se patinar con ruedas.

Enrique hace una retirada a tiempo, no quiere lesionarse antes del concierto. Vero le hace compañía, apoyados en la barandilla viendo las evoluciones de Queta y Peter.

—Hacen buena pareja tu amiga y Peter. Los dos son muy guapos.

—Nunca hubiera imaginado que llegases a decir que Peter es guapo.

—Bueno, ahora somos amigos ¿no? ¿estás celoso, cuqui?

—Tendríamos que ir tirando, he reservado hora en un restaurante extraordinario que nos es importante a los cuatro.

Un taxi amarillo se detiene ante Sbarro's de Times Square. Peter no puede evitar hacer un comentario:

—Me estrujaba la cabeza pensando en que lujoso restaurante nos llevaría Henry ¡Pero no esperaba tanta clase!

Mientras preparan las pizzas y con unas cervezas delante, Enrique habla:

—Estoy feliz, por fin, de estar con mis mejores amigos y las tres personas que más quiero. Estoy contento de teneros juntos, no sabéis lo que me ha costado. Hace poco parecía imposible. ¡Por nosotros!

Levanta la cerveza y todos chocan y beben. Más cerveza, que se acaba. Ya traen las pizzas.

El nivel acústico del local va en aumento. Las pizzas ya se están consumiendo y también la tercera ronda de cervezas. Peter empieza a cantar una canción de música celta, Enrique la recuerda y también canta. Queta, que no tiene ni idea, también se apunta, por fin también Vero, con una voz extraordinaria que deja atónitos a sus amigos, que se la miran de reojo y la animan a seguir cantando mientras golpean la mesa con contundencia, siguiendo el ritmo de la música.

Muy amablemente los camareros los animan a pagar y a seguir el festival en otro lugar.

—¡Ya se dónde vamos a ir! —Exclama Peter.

—¿dónde?

—¡A bailaaar!

Se meten en una sala donde Peter, también Enrique, en sus tiempos, habían actuado. El portero los conoce y los deja entrar ante las protestas de la larga cola.

Se sientan en un sofá que envuelve una mesita baja y piden unos combinados. Los chocan entre risas. Casi no pueden hablar por el ruido de la música a todo volumen. Vero tira de la mano a Enrique y lo saca a la pista. Enrique baila extasiado, con los ojos casi cerrados. Vero le quiere decir algo, pero no la entiende, hay mucho ruido. Le da unos toques en el hombro y le señala hacia la mesa donde estaban sentados. Enrique mira hacia allí, entre las cabezas de la gente, y no puede creer lo que ve: Queta y Peter se están morreando. Queda paralizado mirándolos desde lejos. Aparecen y desaparecen entre las cabezas de la pista. Vero lo tira del brazo, pero él no puede dejar de mirar en aquella dirección. Los ve levantarse del asiento y les dicen adiós, haciendo el gesto de hablar por teléfono con la mano.

Enrique y Vero quieren ir detrás de ellos, pero no pueden pasar entre la gente que baila en la pista. A empujones logran llegar hasta el vestíbulo. Cuando llegan, ellos ya se han ido.

—¡Maldito traidor! —exclama Vero, indignada.

Enrique mira a Verónica atónito.

—¿Qué significa, eso de traidor? ¿Quién es traidor, Peter?

Vero enmudece, con la mirada puesta en Enrique.

—¿Hay algo que me quieras contar, Vero?

Ella lo mira y los ojos se le humedecen. Enrique la coge por los brazos. Ella se pone en guardia, pero él la abraza y le susurra al oído:

—Vamos a tomar un café y hablamos.

Se van del local, cruzan la calle y entran en un bar medio vacío. Piden dos cafés bien cargados. A Vero se le escapan las lágrimas mientras habla:

—Lo siento mucho. Te he mentado. Cuando me he ido con otros no me he

escondido. Pero con Peter... me daba vergüenza decírtelo.

—¿tu? ¿Vergüenza? La vergüenza es que me lo hayas escondido y te comportaras como si nada.

—Es que Peter es tu mejor amigo y no quería herirte, cuqui.

—No me llames más cuqui. ¡Peter! Y él callando como un muerto. Y ahora se va con mi...

—Mi, ¿qué? ¿Qué te crees, que no veo cómo la miras? ¿cómo os miráis? También ella se ha ido con él y parecía encantada.

—Vero, no podemos seguir así. ¿Desde cuándo pasa eso vuestro con Peter?

—Desde el día que lo interrogué en la limusina.

—Y yo sufriendo por las llaves, que no te las daría por qué no podía verte. Vámonos a casa.

Un taxi los lleva hasta Chelsea. Entran en el apartamento sigilosamente. Los padres ya duermen. Ellos se meten en la cama.

—Me parece que será la última vez que dormirás aquí, Vero. No te quiero echar. Puedes volver al apartamento siempre que quieras. Ahora no puedes ir a otra habitación, están ocupadas. Quédate conmigo esta noche. Pero para mañana te pago un hotel, cuando se hayan ido mis padres podrás volver, es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—Si aún me quiere, iré a casa de Peter. Yo no te quiero perjudicar cuq... Henry, quiero a Peter, por eso me ha herido que se fuera con Queta. Yo no he querido nunca herirte a ti, aunque haya amenazado mucho. Eres adorable, te lo digo de verdad. Tienes todo el derecho a dejarme. Tu eres una persona más espiritual, tocas como los ángeles y yo soy muy materialista.

—No quería decírtelo o no era muy consciente de ello, amo a Queta y no lo sabía hasta que la he visto con Peter. De alguna manera yo también te he engañado a ti.

—Quizás el tiempo ha puesto las cosas en su sitio y ha pasado lo que tenía que pasar.

12

Por la mañana todos ya están despiertos y desayunando.

—¿Dónde está Queta? No ha venido a dormir —pregunta su madre.

—No te preocupes sabemos que está bien. Ya vendrá —responde Enrique.

—Tu, niña, estás más guapa sin tanta pintura —le dice la madre de Enrique a Vero.

Suena el móvil de Enrique. Es Queta. Deja que suene durante un rato, indeciso. Al fin coge la llamada.

—Enrique, quiero hablar contigo a solas, por favor, no digas nada a nadie. Podemos quedar donde tú quieras.

El café Oriental es un lugar discreto, lejos de las principales avenidas y cerca de casa de Peter. Al bajar del taxi, Enrique se abrocha el abrigo para cruzar la calle, hace mucho frío. Dentro le espera Queta ante un humeante café largo. No se saludan. Enrique se sienta directamente frente a ella. Se miran un rato en silencio.

—Yo... —hablan a la vez.

—Tu primero, por favor —le dice él.

—No me quiero justificar, Enrique. Somos amigos y sé que él también. No me quiero sentir traidora, pero me siento. No tendría por qué pedirte disculpas, pero te las pido.

—Yo no te reprocho nada, Queta, eres libre de hacer lo que quieras.

—Te conozco lo bastante para saber que no te ha gustado. Pero no he quedado contigo para hablar de eso. Bueno, sí, de eso, pero de otra cosa.

—Ahora sí que no te entiendo. ¿es que te tendré que tirar de la lengua con unas tenazas?

Queta dibuja una sonrisa fugaz. Lo que le tiene que contar es importante.

—No hicimos nada, aparte de besos y manoseos, pero hablamos mucho.

—Ya te he dicho que no me tienes que dar explicaciones.

—Pero eso sí que lo tienes que saber. Somos amigos y no contártelo sí que sería una traición de verdad.

—Y me tienes intrigado. Habla.

—Peter y Vero hace tiempo que se ven. Peter no lo lleva nada bien y al final me lo contó todo. Me dijo que no te dijera nada. Pero como amigo tuyo me debo más a ti que a él. No me gusto lo que hizo, bueno, lo que hicimos. Y lo que le hizo a Vero, aunque no hicimos nada, vaya lio me hago. Habíamos bebido demasiado.

—Queta no tienes porqué justificarte. Yo te quiero igual. Siempre a tu lado, no lo olvides.

Enrique se sienta a su lado y la abraza. Ella pone la cabeza en su hombro, él le acaricia el cabello.

Unos flashes y unos ruidos estorban el momento. Hay periodistas en el exterior. Ahora, no, no es el momento. Enrique paga, coge a Queta por el hombro y salen corriendo por la otra puerta. Paran un taxi y se meten dentro. El taxista no para de mirarlos por el retrovisor.

—Está claro que son los que salen en el periódico. Que honor llevarlos en

el taxi. No se preocupen, los voy a dejar donde me digan, discretamente, pero me tendrán que firmar un autógrafo para mi mujer, sino no me va a creer cuando se lo cuente.

Les pasa el periódico del día:

“¿Quién es la chica que abraza al violinista de moda?”

Todo ilustrado con fotos tomadas el día de la llegada al aeropuerto de Queta.

Cuando llegan al apartamento ya no queda nadie, ni Vero.

—Enrique, mi presencia te está dando problemas. Peters, flashes, noticias falsas. Yo no te quiero perjudicar y, desde que he llegado, no he hecho más que complicarte la vida.

—Mira, hoy estoy todo el día ensayando. Pero podemos quedar por la noche para hablar.

—No hay nada más que hablar, Enrique, ahora la mejor manera de estar a tu lado es no estar junto a ti. Cojo mis cosas y me voy a un hotel. Tu ve a ensayar y no te preocupes por nada más. Mañana será un gran día.

—Espero que vayas al concierto. No voy a tocar si tú no estás.

—No seas tonto. Claro que estaré. A tu lado. Ahora ve, que llegarás tarde.

Al mediodía, en una pausa para comer, llaman a Enrique. Hay alguien esperándolo en el vestíbulo. Baja las escaleras comiendo un trozo de pizza. Detrás de un cartel promocional distingue a Peter.

—¡Vaya morro! Tú me tratabas de traidor, pero el verdadero traidor eres tú ¿Qué quieres?

—No te enfades, hablemos. Aún soy tu amigo y te quiero ayudar.

—¿Dónde está Vero, también la tienes por aquí?

—No, pero ella sabe que te he venido a ver y está de acuerdo en que te lo

diga.

—¿Decirme que? ¿Qué me habéis traicionado los dos?

—Que Queta te quiere.

—Eso ya lo sé. Somos amigos desde niños.

—Si, pero es más que eso. Me hizo prometer que no te dijera nada, pero soy tu amigo y no te lo puedo esconder. Tienes que saberlo.

—Que os manoseasteis a base de bien, eso ya lo sé.

—Ella me paró, no quiso seguir. Me dijo que te estaba traicionando. Con quien quería estar de verdad no era conmigo, sino contigo. Pero no quería meterse en la relación entre tú y Vero. Se me puso a llorar y me hizo prometer que no te diría nada. Entonces fue cuando le conté que Vero y yo estábamos liados y que tu no sabías nada. Que no lo llevábamos nada bien. Ella se enfadó conmigo, y con Vero. Dijo que estábamos hiriendo a la persona que más quiere. Dijo que nosotros no éramos amigos ni nada. Quizá tenía razón.

Enrique lo ha escuchado atentamente.

—Si de verdad tú y Vero queréis seguir siendo mis amigos, encontradme a Queta. Se ha ido a un hotel y no se cual, quizás los padres lo sabrán. Tengo que volver al ensayo, no me volváis a fallar.

Saliendo de ensayo Enrique llama a Queta al móvil. No responde. Le deja un mensaje de voz. Le manda un WhatsApp. Espera y espera. Sin respuesta. Llama a Peter. No sabe nada y los padres aún no han vuelto. Llama a Vero, le sabe mal, no sabe nada de Queta.

Pasa por su apartamento de Chelsea. Está vacío. No hay señal de que Queta haya vuelto. Llama a sus padres, no saben nada. Él les explica que Queta se irá a un hotel para estar más cómodos.

—No os habréis peleado, ¿verdad? Ya no sois unos críos —. Dice la madre de Queta.

—Ningún problema, ya quedamos así. Mañana a las doce en el Carnegie Hall. Podéis venir conmigo, si queréis, pero yo iré dos horas antes.

13

Domingo. Hoy es el día del gran concierto de navidad. Antes de las diez de la mañana Enrique llega al Carnegie Hall con sus padres y los de Queta. Los instala en café y él se va a hacer los preparativos y a cambiarse. No ha sabido nada de Queta. Sus amigos la han buscado, pero ¿Quién puede encontrar a nadie en NY si no quiere ser encontrado?

Solo falta media hora para el concierto. Enrique está de los nervios. No por el concierto, ya está acostumbrado y lo controla bien. Es por la incertidumbre de no saber nada de Queta.

—Tranquilo, chico. Yo también estoy muy nerviosa. —La pianista se solidariza con él mientras se le escapa una lágrima. Se abrazan y se dan palmaditas en la espalda.

—Ánimo, todo va a salir bien —ni el propio Enrique lo tenía claro.

Separa un poco las cortinas y puede ver mucho público ya, sentado en sus butacas. Ve a Peter y a Vero. Más allá a sus padres, los de Queta y ¡Queta!

No puede contenerse y empieza a saltar con los brazos arriba, muy contento. ¡Ha venido!

El director lo mira con curiosidad:

—Ya basta de ejercicios de calentamiento. Entraremos enseguida. Así que

¡A punto!

Efectivamente, el director sale al escenario bajo una lluvia de aplausos. A continuación, el resto de la orquesta, finalmente los solistas, la pianista y el primer violín que levanta aplausos reforzados, con el público en pie.

Da comienzo el repertorio de Navidad. Se apagan las luces y la música llena el espacio. Cada espectador queda envuelto por las notas que parecen sonar solo para él. El solo de piano, con las teclas lubricadas por las lágrimas de la pianista, deja boquiabierto a la concurrencia. En los fragmentos de violín, cuando Enrique queda solo tocando, Queta ha estado a punto de levantarse y aplaudir.

Las dos horas de concierto se hacen más largas. Hay repeticiones de fragmentos. El director sale y vuelve a entrar entre aplausos. Da la mano a la pianista y al primer violín. Los tres hacen una reverencia al público, cogidos de la mano y seguidamente señalan el resto de la orquesta.

Una azafata entra, por una puerta lateral, y hace entrega de tres voluminosos ramos de flores, acompañados de los aplausos del público en pie.

Los padres de Enrique y Queta se miran señalando el reloj. Dura más de lo previsto y tienen que coger un vuelo intercontinental.

Las luces se apagan para hacer una repetición de un fragmento muy popular entre aplausos de la gente, que se solapan con los primeros compases.

Cuando ya se ha acabado, el público, en pie, aplaude con fuerza. Se encienden las luces y, por fin Enrique puede distinguir a la gente y lo que ve no le gusta: su padre le dice adiós con la mano y señala el reloj de pulsera. Los demás también se despiden con gestos y Queta le manda besos con las dos manos.

Enrique querría bajar del escenario e ir a abrazarla. Sin embargo, se encuentra con la mano del director y la de la pianista, que lo cogen y le hacen

hacer reverencias, mientras ve como sus seres queridos se van por la puerta de salida. Le gustaría correr tras ellos, pero habrá rueda de prensa. Los periodistas quieren hablar especialmente con el director, la pianista y el primer violín. Enrique piensa ser lacónico en las respuestas y acabar rápido. Pero, antes de salir a la rueda de prensa, una cosa inesperada le retrasa sus planes: la pianista se le pone a llorar.

—No estoy acostumbrada a hablar en público. No quiero salir.

Enrique la abraza y le seca las lágrimas con su pañuelo, que lo deja perdido.

—Saldré contigo. Responde como puedas y yo te apoyaré.

Un poco más serena, puede hacerlo. Mientras el director ya ha atendido a los medios y les toca a ellos.

Van respondiendo las preguntas casi con monosílabos mientras los ojos se le van hacia la puerta de salida.

Por fin libre. Corre hacia la salida con el traje y corbata de color negro, de músico y los zapatos brillantes. Todavía recibe algún que otro flash de periodistas rezagados. Vero y Peter lo esperan.

—¿Dónde está Queta?

—Se ha ido con sus padres. Iban con retraso para el aeropuerto — responde Peter.

—¿Pero por qué no los habéis retenido? ¿De qué me servís?

—Pero...

Demasiado tarde. Enrique corre por la calle en busca de un taxi.

—¡Taxi!

Pasa de largo, va completo. Todos están completos. Navidad se acerca y es domingo. NY está llena de tráfico.

Puede ver cómo, más abajo, hay gente que baja de un taxi. Corre hacia allí. Pero una pareja está a punto de cogerlo. Llega justo a tiempo para tirar

del abrigo al que iba a entrar, él se mete dentro y cierra la puerta mientras los otros protestan iradamente.

—¡Arranque, rápido!

—¿Quién se cree que es, usted? —le dice el taxista, mirándolo.

—¡Aaah! Ya sé quién es, ¡cuánto honor! Habría ido al concierto si no hubiera tenido que trabajar ¿dónde quiere ir?

—Al JFK ¡De prisa! Mi novia cogerá un avión y la voy a perder.

—Eso no pasará.

Arranca y se queda clavado a los pocos metros.

—Si hace lo que sea para llegar a tiempo al aeropuerto le regalo dos entradas para mi próximo concierto.

—No era necesario, pero gracias, acepto. Se lo que hay que hacer.

Da un giro hacia aquí, otro hacia allí y sale a un callejón vacío. Lo atraviesa a toda velocidad, desemboca en una ancha avenida, el taxi es volador. Llegan al puente, lo pasan haciendo zigzag peligrosamente entre los coches hasta la gran autopista. Parece una persecución policial de película. Por la autopista acelera y dentro el taxi, Enrique va de un lado para otro. Desde su posición, en el asiento de atrás, ve como los demás coches son adelantados como si estuviese dentro de un videojuego. Ya puede ver a los aviones que llegan y que se van. Espera haber llegado a tiempo. El taxi se detiene. Ha oscurecido y se ha puesto a nevar. Enrique saca un billete grande y se lo da al conductor por la ventanilla.

—Quédese el cambio

Se mete en la terminal y va directo a las salidas internacionales. Ve en la pantalla que es la hora de salida. Corre hacia la puerta de embarque. Cuando llega ya está cerrada.

—Si tenía que volar ha llegado tarde, señor. Es aquel que despeg.

La azafata señala hacia el cristal, a través del cual puede observar un

avión levantando el vuelo en estos momentos.

Enrique se queda abatido, desaminado. La azafata lo mira con compasión y se va. De pronto se le pasa por la cabeza que quizás no lo ha cogido, como en las películas. Mira a su alrededor, a lo mejor está por ahí esperándolo. Pero, no ¡Será iluso! Eso solo sucede en las películas.

Abatido y arrastrando los pies, sale fuera del recinto del aeropuerto para dirigirse a la cola de los taxis desde la que lo llama el taxista de antes.

—¿No ha habido suerte? Lo siento mucho.

—No se preocupe. Tiene sus entradas aseguradas.

—Suba, le llevo a casa. Deme la dirección.

El trayecto de vuelta es más tranquilo y más depresivo. Enrique apoya la cabeza en el cristal de la ventana del taxi. Ve los coches pasar iluminando los copos de nieve que van cayendo en la noche oscura. El taxista respeta su silencio, ha apagado la radio y se mantiene callado.

Pensar en volver a su apartamento de Chelsea, ahora vacío, sin nadie, lo sumerge en una espiral de negros pensamientos. El concierto de la mañana queda muy lejos. Se le aparece en la cabeza la expresión fugaz que ha visto en Queta. Llegan a la ciudad. Las luces y la música que resuena por las calles a él no lo alegran ni le dicen nada, todavía lo sumen en una tristeza mayor.

El taxi está ya en Chelsea. Se detiene delante de su casa. Busca las llaves en el bolsillo. Baja y va a la ventanilla del conductor.

—Tenga mi tarjeta. Quédese con el cambio. Llámeme siempre que quiera ir a un concierto. Ha sido usted muy amable.

Con parsimonia se dirige al portal y abre la puerta de casa. La cierra dentro y enciende la luz. De pronto, no sabe de dónde viene el ruido, pero alguien se le echa encima y caen los dos por el suelo. El olor es conocido. Ruedan por tierra y a Enrique le tiran de las orejas.

—No te vas a librar de mi tan fácilmente —dice Queta mientras le llena la

cara de besos.

Se ponen los dos de pie, se cogen de las manos y se miran a los ojos. Sin decir palabra se dan el segundo beso, pendiente después de mucho tiempo.

—No quiero que nos volvamos a separar. Nunca más. Siempre a tu lado.

—Siempre.



DAVID ROCA

Una vida de incontables aventuras y encuentros de todo tipo no podían sino cuajar en una intensa producción literaria que pusiera sobre papel todo lo que David Roca tenía en su extraña cabeza. Mientras se sienta al porche de su chalé y empieza a teclear otra de sus historias, los lectores ya salivamos esperando una nueva aventura. ¿Dónde nos llevará, esta vez? ¿Qué inesperados personajes nos encontraremos? Poco se sabe de su misteriosa vida. Se dice que tiene una finca en los montes sudafricanos, otros sospechan que se oculta en un refugio del ártico. No se sabe nada de cierto, sobre David Roca. Solo que, cuando empiezas a leerlo, ya no puedes parar.

Encuentra sus libros en [amazon.es](https://www.amazon.es)